

Selección



ADA CORETTI

ROSAS DE SANGRE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

316 — Un abrigo de piel de hiena, *Silver Kane*.
317 — El coleccionista de espantos, *Curtis Garland*.
318 — Macabro deseo, *Curtis Garland*.
319 — La risa del Diablo, *Clark Carrados*.
320 — Mis amigos los muertos, *Ralph Barby*.

ADA CORETTI

ROSAS DE SANGRE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 321
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.174 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Se abrió la puerta de la pequeña casa de planta baja y apareció el sillón de ruedas. La joven paralítica, de mirada oscura, fría, inanimada, impulsó las ruedas. El sillón fue hacia adelante, deteniéndose poco después en medio del jardín. Un jardín que se hallaba lindamente circundado por una valla de madera pintada de color verde.

A ambos lados del sendero principal, flores. Pero unas flores que, a pesar de ser primavera, aparecían ajadas y mustias. Por los otros lugares del jardín, también flores, principalmente rosas, pero en iguales condiciones, apagadas, marchitas.

Isele dejó de mirar las rosas porque sentía un enorme desasosiego cada vez que ponía sus pupilas en aquellos pétalos ya medio deshojados. Sabía que hasta entonces había vivido de su venta, pero sabía también que en aquel estado, la señora Bettman, su principal cliente, no iba a querer adquirirlas. Así las cosas, ¿qué iba a ser de ella? No, no podía olvidar que se hallaba imposibilitada desde aquel maldito día...

Alzó la mirada, clavando sus ojos negros en la casa situada allí enfrente, al otro lado de la calle. Una casa de similares características a la suya, solo que allí, en su correspondiente jardín, las flores aparecían frescas y lozanas. Dicha casa estaba habitada por las hermanas Ingrid y Helga, dos viejecitas que vivían en compañía de su pelirroja, pecosa y fea sobrina Sofía; quien, desde hacía ya varios días, se reía descaradamente al pasar ante sus ventanas. Por lo visto le hacía mucha gracia que sus flores se marchitaran incomprensiblemente mientras las de su propio jardín ofrecían la máxima lozanía.

Isele paseó su mirada a lo largo de la calle. Todas las cosas eran parecidas, casi idénticas. Como casi idénticos eran sus jardines. Pero a ella sólo le preocupaban las flores de las viejecitas Ingrid y Helga ya que éstas también se dedicaban a venderlas, haciéndole la competencia.

Hasta entonces, la señora Bettman, la dueña de la mansión situada en lo alto de la colina, se las compraba a ella. Pero, ¿qué iba a suceder de ahora en adelante? Empezaba a sentirse seriamente preocupada.

Al término de la calle, se hallaba la plaza Mayor. Fue de allí de donde, en aquel preciso momento, surgió el grito dado por Garret, el carnicero.

Al poco, todos los que salieron de sus casas para ver lo que sucedía, supieron de qué se trataba. Agatha, la hija de Garret, había producido un corte a su padre, en la mano, en la muñeca, seccionándole las venas. Había cogido uno de los cuchillos de partir carne y había pretendido... Era difícil saber cuál había sido exactamente su pretensión. Nadie ignoraba que la pobre estaba mal de la cabeza. Parecía inofensiva, pero de vez en cuando le daba un arrebato y entonces era capaz de cualquier disparate.

Acababa de hacer aquello, y Garret, con una mano intentando aguantar la

hemorragia que salía de la muñeca de la otra, había aparecido en la calle, corriendo, en busca de la casa del doctor.

— ¡Dios mío! —exclamó Isele al verle.

Garret se detuvo junto a la valla de madera, cerca de la cual permanecía el coche de la inválida.

—Ha sido Agatha... —le hizo saber, deteniéndose.

Resultaba inútil la aclaración. Una cosa semejante sólo podía venir de su hija, evidentemente una perturbada mental.

—Vaya aprisa, el doctor le atenderá... —dijo la muchacha.

Pero Garret se había detenido porque se hallaba sofocado. Pesaba más de cien kilos y cualquier carrera le agotaba, qué es lo que acababa de sucederle.

Viendo como la sangre manaba cada vez más rápidamente de la herida, Isele sacó su pañuelo e intentó anudárselo lo mejor posible.

—Déjeme ponerle esto, le ayudará.

A través de la valla de madera pintada de color verde, Isela hizo lo mejor que pudo de enfermera. No pudiendo evitar, sin embargo, que la sangre de Garret, en desmedida profusión, se desparramara sobre unas rosas que, como todas las demás flores de su jardín, se hallaban ajadas y marchitas.

—Gracias, Isele.

—Vaya ahora, que este pañuelo no detendrá la sangre por mucho tiempo —repuso la muchacha, tras anudárselo.

Garret se alejó corriendo y jadeando al mismo tiempo. Aún le faltaban más de doscientos metros para llegar a la casa del doctor Banlester y de su rubia y encantadora hija Betty.

Isele había seguido con la mirada a Garret, un hombre al que todos en la localidad compadecían sinceramente. No era para menos, pues el caso de su hija era verdaderamente lamentable. Al paso que se iban sucediendo los acontecimientos, no iba a tocarle otro remedio, quieras que no, que ingresarla en un manicomio.

Pero Isela volvió su mirada, rápida, presta, hacia el otro lado. Acababa de darse cuenta de que allí mismo se había detenido el «Mercedes» de la rica señora Bettman. Al volante del coche, como siempre, su hijo Martín, cabeza enorme, ojos saltones, brazos desmesuradamente largos, evidentemente un joven deforme y contrahecho.

La dama, de unos sesenta años, de aspecto refinado, se apeó del lujoso coche, acercándose con andares lentos, casi solemnes, a la valla tras la cual se hallaba Isele.

—Me he detenido —le dijo— para hacerte saber que...

Se detuvo. Debió sentir ciertos miramientos, algún que otro reparo en hablar.

—Dígame, señora Bettman.

Los reparos dejaron de existir. Los miramientos desaparecieron. Se decidió a hablar.

—Mira, vale más que me exprese con sinceridad. Siempre te he comprado

a ti las flores, Isele, porque eran las más hermosas... A mí me gusta adornar mi mansión con lo mejor... Si en algún momento —agregó la dama— has podido creer que te las adquiría a ti porque tiempo atrás fuiste la novia de mi hijo David, o porque, simplemente, ahora sentía compasión por tu actual estado, te has equivocado. Te las he comprado, lo dicho, porque eran las más hermosas...

—Comprendo —repuso Isele.

—Así que —prosiguió— si dejaran de serlo, me vería en la precisión de... —no concluyó la frase.

—Comprendo —repitió Isele.

—Pues esto es todo —aclaró la dama—. Prefiero que estés al corriente. En fin —añadió—, veremos lo que mañana puedes ofrecerme... —echó una ojeada por el jardín, sobre las rosas—. Francamente no veo nada que valga la pena...

Se dirigió de nuevo al coche, sin que su hijo Martín, hasta entonces, hubiera hecho otra cosa que clavar sus saltones ojos en la joven paralítica. De un modo fijo, penetrante, casi obsesivo. De un modo que hubiera quizá asustado a otra muchacha que no fuera Isele. Pero Isele, por lo menos a juzgar por su expresión, no estaba ya para asustarse por nada ni por nadie. Desde que permanecía en aquel sillón de ruedas, todo le daba lo mismo. Posiblemente le hubiera dado lo mismo morirse en aquel mismo instante. Quizá, incluso, hubiera considerado una liberación acabar de una vez.

Mientras tanto, Garret, el carnicero, había llegado corriendo a la casa del doctor Banlester, y había llamado con precipitación al aldabón de la puerta.

Le abrió Betty, la hija del doctor.

—¿Qué le sucede...? —se asustó al verle.

Le hizo pasar a la sala de consulta, donde su padre, el doctor, no tardó en atenderle convenientemente.

—Ha sido mi hija... No, no me lo esperaba... Ha sido de pronto... Últimamente se mostraba calmada y creía que había mejorado... Desgraciadamente, acaba de demostrarme...

—Debiera ingresarla en una clínica psiquiátrica —dijo el doctor Banlester, tras una embarazosa pausa—. Se lo vengo diciendo hace tiempo. No crea que no comprendo su actitud, pero el caso requiere, aunque resulte muy doloroso y amargo para usted...

—Sí, sí —le interrumpió Garret—, tiene toda la razón, no se la niego. Pero soy viudo, y mi hija es lo único que tengo en este mundo, y encerrarla en un establecimiento así, sería como perderla para siempre. No volvería a salir de allí, lo sé.

—A pesar de sus lógicos reparos, mucho me temo que finalmente no le quede otra alternativa —insistió el doctor—. Hoy mismo, dese cuenta, podía haberle matado. Si en lugar de cortarle la muñeca, le hubiera dado por atravesarle el corazón...

—¡Calle, por Dios! —exclamó.

—Deseo que reaccione, Garret. Por eso le hablo en términos que tal vez pueda calificar de duros.

Garret miró a Betty, que era una muchacha de unos veinte años, rubia, bonita, con una mirada clara y diáfana.

—¡Quién pudiera tener una hija como usted, doctor! Cada vez que la miro, le envidio... ¡Y de qué manera! No puede hacerse una idea...

* * *

Al día siguiente, cuando Isele abrió la puerta de su pequeña casa de planta baja e impulsó hacia el jardín su sillón de ruedas, una expresión sumamente amarga cubría su semblante.

Sabía que sus flores seguirían presentando el mismo aspecto del día antes. Apagadas y marchitas, resultaría imposible, pues, vendérselas a la señora Bettman.

¡Pero cuál no sería su asombro, su perplejidad, al darse cuenta de que aquellas rosas sobre las que cayera la sangre de Garret, el carnicero, aparecían ahora erguidas, fragantes, magníficas, realmente esplendorosas! ¡Jamás había visto ella unas rosas tan rojas, tan soberbias, tan increíblemente hermosas!

Parpadeó. Era para no creérselo. Parecía un sueño, o quizá más bien una pesadilla. No, no sabía ciertamente que pensar de aquello.

Cuando un par de horas después llegó la señora Bettman, a su asombro unió una admiración sin límites. Tampoco ella había visto nunca unas rosas tan bellas, tan sencillamente fascinadoras. Además, despedían un aroma embriagador. Todo el jardín se hallaba impregnado de aquel sutil y delicioso perfume.

—Te las compro, Isele —y la dama añadió—: Y te las pago doble... ¡Qué menos puedo darte! ¡Son una auténtica maravilla!

Las viejecitas Ingrid y Helga se quedaron rechinando los dientes. Habían dado por descontado que aquel día la señora Bettman les compraría a ellas las flores. En cuanto a Sofía, a su pelirroja, pecosa y fea sobrina, tampoco pudo disimular la rabia que sentía. Se quedó mirando a Isele como si fuera la persona más aborrecible y odiosa del mundo.

No fue de igual modo, ni mucho menos, como reaccionó Agatha, la hija de Garret. Al pasar ante el jardín de Isele y verla tomando el sol en su sillón de ruedas, sonrió.

Sonrió como solía hacerlo ella, de un modo un poco infantil, o estúpido, como se prefiera. Pero evidentemente sonrió y dijo.

—Me alegro sinceramente que la señora Bettman te haya comprado las rosas a ti, Isele.

—Gracias —contestó la paralítica.

La hija del carnicero tendría unos veinticinco años y era alta, corpulenta, sin feminidad en ninguno de sus gestos y actitudes. Aún así, daba impresión de debilidad, de desamparo. Quizá se debiera a su habitual expresión triste,

muy triste.

—Ayer hice daño a mi padre... —dijo. Por lo visto recordaba lo sucedido—. Me porté muy mal. Me siento muy afligida.

—No vuelvas a hacerlo —repuso Isele—. Tu padre es muy bueno y te quiere mucho.

—Sí, ya lo sé, es muy bueno conmigo —aparecieron lágrimas en sus ojos—. Demasiado bueno. Otro padre me habría metido ya en un manicomio.

Tenía un día muy lúcido. Era indudable. Se desprendía claramente de sus palabras.

—Pórtate bien y todo irá como debe ir —repuso Isele— y no sufras por lo de ayer, ya ha pasado todo.

—Sí, ya ha pasado. Pero sufro... —seguían las lágrimas en sus ojos—, me doy cuenta de que a ratos soy mala, muy mala.

—No, no lo eres —Isele intentaba devolverle la tranquilidad—. Sucede tan sólo, que estás un poco enferma, pero ya mejorarás, por eso no te preocupes. El doctor Banlester te ha recetado unas pastillas, ¿verdad? Pues ya verás cómo te sientan bien y te tranquilizan, y todo vuelve a la normalidad.

—Sí, eso espero. Adiós, Isele —y se despidió.

También, para Isele, fue favorable la reacción del hijo de la señora Bettman, Martín. Aquel ser de cabeza enorme, ojos saltones y brazos desmesuradamente largos. Deforme y contrahecho, esto no había quien se lo quitara. Pero un ser que, según coincidían todos en afirmar, era bueno hasta la médula de sus huesos. Por más que, frecuentemente, mirara a las personas que le rodeaban de un modo fijo, tan fijo, que estremecía.

—Isele, me he llevado una alegría muy grande cuando mi madre me ha dicho que te ha comprado las flores a ti.

—Gracias.

—Sólo de pensar que prefiriera las de esas viejas egoístas, Ingrid y Helga, y te dejara a ti sin el dinero que tanto necesitas, me ponía malo.

—De momento al menos, todo ha ido bien —repuso Isele.

Quiso decir, y lo dijo sobradamente con la mirada que paseó por el resto de sus rosas, que el porvenir, por desgracia suya, no se presentaba muy risueño. A excepción de las rosas que se había llevado la señora Bettman, el resto seguía ofreciendo un aspecto verdaderamente desolador.

—Si en una noche se han puesto frescas y lozanas unas rosas que ya casi parecían muertas, ¿por qué no esperar que suceda lo mismo...?

Las palabras de Martín Bettman fueron pronunciadas quedamente, como si de un secreto se tratara.

—Sí, claro —dijo Isele—. Debo esperar que durante la próxima noche se produzca un nuevo milagro.

Pero Isele no creía en milagros propiamente dichos, y se decía y repetía para sí.

—Ha sido la sangre de Garret... Ha sido la sangre de Garret... Estoy segura... ¡Segura!

* * *

Se había hecho ya de noche. Una oscuridad se cernía sobre la pequeña localidad de Fergusson. El cielo se hallaba encapotado y no relucía ni una sola estrella.

Una mujer que vivía cerca de la plaza Mayor, había ido al pueblo vecino a visitar a una amiga que estaba enferma. Se había entretenido un poco más de la cuenta y regresaba tarde.

Aunque la oscuridad era intensa, no tenía miedo, no albergaba temores de ninguna índole. ¿Qué podía sucedería? Allí en Fergusson nunca sucedía nada.

Pero al pasar junto al lago, oyó un ruido extraño y eso le hizo detenerse un poco inquieta. Parecía como si hubiera alguien por allí.

Achicó los ojos y agudizó la mirada, queriendo ver a través de las sombras. Tal vez había alguna persona entre los cañaverales de la orilla.

Pero no, no vio a nadie ni volvió a oír ruido ninguno. Así que, poco después, proseguía tan tranquila su camino.

Sin embargo, al cruzar junto al viejo pozo que tiempo atrás había pertenecido a los dueños de una granja ahora abandonada, le pareció volver a oír un ruido. Un ruido esta vez más definido. Sí, se trataba de unas pisadas que iban tras ella como una sombra más.

Esta vez se estremeció, deteniéndose de nuevo. Aquello ya no le gustaba nada. Quedó con el aliento entrecortado, sin atreverse siquiera a respirar.

De pronto, notó muy próxima la presencia de un ser a su lado, a sus espaldas. Una presencia que tanto podía corresponder a un hombre como a una mujer. Notó, incluso, su aliento sobre su nuca.

Fue a girarse, pero antes de hacerlo sintió que un brazo le sujetaba el cuerpo y que al mismo tiempo una mano, con un trozo de algodón en la misma, le caía sobre la cara.

Quiso rebelarse, soltarse, pero el algodón estaba impregnado de un líquido que despedía un olor muy fuerte.

«Cloroformo», pensó.

Poco más pudo pensar. Sintió que los músculos se le aflojaban, que las fuerzas le cedían y que el conocimiento se le iba...

Cuando volvió en sí, su horror no tuvo límites. Se encontró apoyada de espaldas al pozo, inmovilizada al mismo por cuerdas firmemente anudadas. Su brazo izquierdo permanecía sujeto, pegado al cuerpo, pero no así el derecho que se hallaba en forma de cruz. No podía agitar las piernas, pero eso de poco podía servirle.

Pero lo que erizó sus cabellos y la llenó de verdadero espanto, no fue exactamente verse de aquel modo, sino reparar en que las venas de su muñeca derecha habían sido seccionadas y que la sangre fluía de allí a borbotones.

Una sangre que no se perdía, pues bajo su mano se hallaba depositada una regadera... Allí caía la sangre, cada vez en más y más profusión.

—¡Dios mío! —gimió.

Miró a su alrededor. No había nadie, Nadie en absoluto. Pero sí, a unos cuantos metros percibía una sombra que medio se diluía entre las demás sombras, entre la oscuridad de la noche.

—¿Quién eres? —quiso saber la mujer.

No obtuvo respuesta.

Entonces se puso a gritar con todas sus fuerzas, sacando de sus pulmones todo el terror que la invadía.

—Nadie va a oírte —dijo entonces una voz desde donde se hallaba aquella sombra—. Pierdes el tiempo gritando así.

Pero siguió gritando. Por instantes crecía su terror, comprendiendo que, o alguien acudía en su auxilio, o aquello iba a ser el final. Un final rápido, pues ya empezaba a sentir que había poca sangre en sus venas.

—Sí sigues gritando, me obligarás a darte más cloroformo —dijo la voz. Por lo visto la sombra asesina se ponía nerviosa ante aquellos gritos que rasgaban dramáticamente el silencio de la noche—. Y no tengo mucho... Prefiero guardarlo para los otros...

La mujer quiso seguir profiriendo aquellos gritos. Eran su única esperanza. Pero de pronto había de darse cuenta de que sus cuerdas vocales no le respondían debidamente, que la voz se le inmovilizaba en la garganta. Había de percatarse, de que la dominaba una gran debilidad. ¡Era la sangre que fluía, que se llevaba su vida! Eran sus fuerzas, que el líquido rojo que salía de sus venas arrastraba fuera de su cuerpo!

Cayó en una incontenible laxitud, en una inmovilidad casi absoluta, entre gemidos que apenas salían de entre sus dientes. Fue como si poco a poco se dispusiera a quedarse dormida.

Pasado un rato, la sombra se acercó. Vio que la mujer se hallaba completamente inmóvil. Era lo que se imaginaba. Había muerto.

Entonces se acercó a la regadera y la cogió por el asa, con cuidado. No era cosa de desparramar el líquido que contenía.

CAPITULO II

Warren Nortton —treinta años, un metro ochenta y tantos, complexión atlética— apretaba el acelerador. Quería llegar puntualmente a la primera bifurcación de la carretera. Antes de llegar a Fergusson. Era lo convenido con la voz femenina a través del hilo telefónico y él solía ser muy eficiente cuando se trataba de su trabajo.

Iba recordando la aventura galante que había tenido que dejar colgada por cumplir, ante todo, como siempre, con su obligación.

El sol se ocultaba ya en el ocaso y el horizonte se había puesto rojo. De un rojo violento, agresivo, que recordaba la sangre.

Al girar la primera curva, vio ya la silueta femenina junto a la bifurcación de la carretera. Se trataba, sin duda, de su cliente. Acudía puntualmente a la cita. Se le escapó un silbido de admiración y eso que no era propenso a exagerar. Pero, desde luego, la muchacha se lo merecía sobradamente. ¡Vaya que sí!

Detuvo el coche en cuanto la alcanzó, bastándole una nueva mirada para reparar y deleitarse en todos y cada uno de los encantos de aquella chica rubia.

—Es usted la señorita Betty Banlester? —inquirió.

—Sí. ¿Y usted Warren Nortton, detective...? —preguntó ella a su vez.

—El mismo —sonrió él, y entreabriendo la portezuela—. Suba —y luego, ya teniéndola a su lado, añadió—: La escucho, dígame de qué se trata, señorita Banlester... Bueno, la llamaré Betty, con su permiso...

—Vi su anuncio en el periódico: «Warren Nortton, detective. Máxima discreción.» Pensé que era usted la persona idónea. Por eso se me ocurrió telefonearle —se le veía a la muchacha un poco indecisa, un tanto vacilante.

No así al joven detective, que demostraba por su actitud y sus ademanes ser dueño de una absoluta y total desenvoltura.

—Aquí me tiene.

—Verá usted, señor Nortton...

—Llámeme Warren —sonrió—. Yo voy a llamarla Betty... —lo hizo con simpatía.

—De acuerdo —aceptó ella, devolviéndole la sonrisa. Seguidamente agregó—: Fergusson ya no es lo que era. Cada dos por tres hay un muerto.

—¿Un muerto?

—No me he expresado adecuadamente, he querido decir un crimen...

—Eso está peor. ¿Y dice que eso sucede cada dos por tres?

—Sí. Todos esos crímenes llevan implícitas idénticas características... Evidentemente, pues, el asesino es siempre el mismo.

—¿No ha intervenido la policía? Presumo que sí. Es lo de rigor, lo acostumbrado.

—Nos ha llegado de la localidad vecina el inspector Baker —dijo la

muchacha—, pero no parece un hombre muy sagaz. Por lo menos, hasta el momento no ha aclarado nada. Viene, interroga a unos y a otros, no saca conclusiones, no detiene a nadie, y se va. Todo queda igual. Y hasta la próxima.

—No es un panorama muy alentador, francamente.

—Ello me ha inducido a llamarle a usted, señor Nortton, digo Warren... No quisiera que un día pudiera ser mi padre, o yo misma, la siguiente víctima.

—Eso no sucederá, puede estar tranquila.

—Respecto a sus honorarios, ¿es usted muy caro, Warren?

—Como siempre descubro al culpable, y como siempre salvo de todos los apuros a mis clientes, resulto barato, aún no siéndolo. Pero en su caso particular —puntualizó— por tratarse de una chica tan bonita, le haré precio de favor.

—Gracias, es usted muy amable.

—Bien, dígame ante todo qué clase de crímenes se cometen. Este pormenor, compréndalo, resulta primordial para que enfoque bien el caso.

—El asesino atonta a sus víctimas con cloroformo —le explicó la muchacha—. Luego ata a su víctima con cuerdas, inmovilizándola. Hecho esto, les corta las venas de la muñeca de la mano derecha. La víctima muere desangrada. Pero la sangre no aparece nunca. El asesino se la lleva —lo había dicho de un tirón, como temerosa de no tener el valor de decirlo todo si se detenía.

—Vaya, vaya —comentó Warren, y se acarició el mentón como para ayudarse a reflexionar—. Prosiga, por favor...

—Eso es todo —dijo la muchacha—. No hay más,

—¿Cuántos crímenes de tal índole se han llevado a cabo? —preguntó tras una pausa.

—Cinco.

—No está mal.

—Está pésimo.

—Sí, claro, claro...

—Y la próxima muerte no tardará en producirse —repuso la muchacha—. Lo presiento...

—Por lo que a usted respecta, tranquila. A partir de ahora, yo me encargo de su seguridad.

—Y de la de mi padre, que es el doctor de la localidad.

—Me encargaré de ambos. Pero, bueno, dígame si desconfía de alguien. Eso podría facilitarme las cosas.

—No desconfío de nadie, en absoluto —repuso Betty—. Ahora bien, para mí que esos crímenes están relacionados en cierto modo con el accidente acaecido a David Bettman. De eso hará un año y medio aproximadamente. Pero, claro, ésta es sólo una apreciación mía.

—¿Quién es David Bettman? —preguntó.

—Era —corrigió—. Murió en el accidente al que acabo de hacer referencia

—tras unos instantes, agregó—: Era el hijo mayor de la señora Bettman, la dama que vive en la mansión de la colina. Es una dama riquísima.

—¿Tiene otros hijos esa señora? —se interesó Warren,

—Sí, tiene otro hijo. Se llama Martín. Es un joven contrahecho, que, a juzgar por lo que dice la gente, no acierta a despegarse del carácter autoritario de su madre.

—¿Qué clase de accidente sufrió el hijo mayor? Ha dicho que se llamaba David, ¿no es eso?

—Aún están por aclararse los pormenores que rodean a aquel hecho... Iba paseando por la colina, con su novia Isele... Hacía un gran vendaval... Por la parte norte, la colina se convierte, de pronto, en un declive pronunciado, tan pronunciado que equivale a un precipicio... Era de noche, se estaban besando... Se dice que el vendaval arreció y que en una de sus sacudidas fueron alzados al vacío... David murió en el acto...

—¿Y su novia Isele?

—No murió, salvó la vida, pero desde entonces permanece en un sillón de ruedas. Da pena verla.

—Lo supongo.

—Pues sí —insistió Betty—, yo creo que esos crímenes tienen algo que ver con aquel suceso... Quizá resulte una idea peregrina, pero no puedo dejar de pensar así.

—De acuerdo.

—Y lo dicho, esto es todo. Ahora le toca intervenir a usted,

—Me dirá dónde puedo encontrar una posada, ¿verdad? La que se halle más cerca de su casa, Betty.

—Sólo tenemos una, no hay para elegir. Está situada en la plaza Mayor.

—Bien. Pues ahora, para empezar —Warren le dio al acelerador de su coche— la llevaré a su casa y saludaré a su padre. Después me iré a buscar una habitación para dormir. Supongo —la miró de hurtadillas— que su padre está al corriente de que usted me ha mandado llamar.

—Sí —asintió Betty—, acabo de decírselo.

—¿Le ha gustado la idea, o le ha sabido mal que diera ese paso? —quiso saber.

—Al principio ha arrugado el entrecejo, como disgustado —admitió Betty —, pero al poco me ha dicho que he hecho bien. En realidad —reconoció la muchacha— lo he hecho más por él que por mí misma. Mi padre está muy nervioso últimamente, ¿sabe? Tan nervioso y agitado, que a veces no sé exactamente qué pensar...

—Si no sabe qué pensar —dijo Warren— es que algo piensa.

—Que tiene miedo, un miedo horrible, por más que se empeña, por lo menos delante mío, en fingir indiferencia ante los hechos que suceden aquí en Fergusson.

Unos minutos más tarde, Warren Nortton conocía al doctor Banlester, viudo. Un hombre no muy mayor, de mediana estatura, que dio la sensación

de respirar más a gusto desde que vio al joven detective ante él.

—Francamente, me alegro de que esté aquí —reconoció poco después—. Todo «eso» —recalcó la palabra— ha terminado por ponerme muy nervioso.

—Es lógico —convino Warren—, hay situaciones que no tienen nada de tranquilizadoras. Pero dígame, ¿sospecha usted de alguien o sabe quizá algo? Como doctor de esta localidad...

—No, no —se apresuró a decir, interrumpiéndole—, yo no desconfío de nadie, ni nada sé. Pobre de mí, ¡qué voy yo a saber!

—Sí, claro.

Estuvieron hablando un rato más. No mucho. Pero sí el tiempo suficiente para que Warren Nortton pudiera darse cuenta de que el doctor Banlester y su hija Betty vivían en una casa cómoda, agradable, donde evidentemente daba gusto encontrarse.

—Hasta la vista, doctor Banlester —se despidió Warren.

—Espero que se luzca, señor Nortton.

—Délo por hecho —pero lo dijo sin jactancia, sin petulancia, con simple y llana naturalidad. Por lo visto estaba acostumbrado a que el éxito coronase sus acciones.

Betty le despidió en la puerta.

—No tardaremos en volver a vernos —dijo él.

* * *

Para ser la única posada, verdaderamente no era una gran cosa. Pero puesto que no tenía para elegir, Warren Nortton entró allí con andar resuelto, decidido, llevando en la mano su única maleta.

—¿Es esto todo su equipaje? —le preguntó la posadera, una mujer gruesa, de unos cincuenta y cinco años.

—Sí, es todo —contestó él.

—Espero que le guste la habitación. Voy a darle la mejor que tenemos. ¡Elisabeth! —gritó—. ¡Baja en seguida! ¡Tenemos un huésped!

La tal Elisabeth bajó presurosa la estrecha escalera que había a la derecha del mostrador de entrada. Era una joven rolliza, con unos senos opulentos que el escote de su blusa enseñaba con tanta generosidad. Al ver la apostura de Warren, se mostró insinuante y provocativa. Demostró sin pérdida de tiempo que un devaneo con él le caería de perlas. Por ella indudablemente no iba a quedar la cosa.

Ya arriba, tras enseñarle su habitación, cuya ventana se abría a la plaza Mayor, Elisabeth empezó a lanzarse abiertamente al ataque.

—Y llámeme, señor, para todo lo que guste mandar... —se había acercado a él, muy erguidos sus llamativos senos.

—Está bien.

—Quedo a su entera disposición... —y se acercó aún mucho más, no queriendo por lo visto que quedaran dudas al respecto.

—Gracias —sonrió, no pudiendo evitar el ironizar un poco. De pronto, sin embargo, consideró oportuno no desperdiciar la ocasión de dialogar un poco más con aquella muchacha que tan propensa estaba a mostrarse complaciente. Así que añadió—: Dime, Elisabeth, tú que pareces una muchacha despierta...

El tuteo le gustó. Pensó que el asunto se iniciaba de buena forma. Empezó a hacérsele la boca agua.

—Mande usted, señor —y se esperaba cualquier pregunta, menos la que llegó.

—¿Qué me dices de esas extrañas muertes? He oído comentarios. Me he quedado sin saber qué pensar.

—Se refiere a esos crímenes horribles, ¿no es eso, señor? ¡Oh!, nunca había sucedido aquí nada semejante.

—Cuesta imaginar que una persona sea capaz de algo tan espantoso. Debe tratarse de algún perturbado mental.

—Aquí, en Fergusson, sólo hay una persona cuya salud mental sea deficiente... Si hemos de limitarnos a dar con ella, ciertamente no va a ser muy difícil localizarla. Pero no creo que se trate de esa persona.

—Explícate mejor, Elisabeth. Te quedaré muy agradecido. Soy periodista, ¿sabes? Así tendré argumento para un buen artículo.

—¡Ah, periodista! Ya decía yo que usted tenía aspecto de algo así... —se lo comía con la mirada—. Pues verá, señor, me refería antes a que Agatha, la hija de Garret, el carnicero, está mal de la cabeza. Eso lo sabemos todos hace ya mucho tiempo. Pero no creo que ella sea capaz de esos crímenes, ni muchísimo menos. Se trata de otra persona, estoy segura.

—¿Desconfías de alguien? —inquirió.

—No, no... Ni siquiera puedo adivinar para qué quiere el asesino la sangre de sus víctimas. Porque la sangre se la lleva, nunca aparece por ninguna parte.

—Eso me han dicho.

—Pensaría que la quiere para bebérsela si creyera en los vampiros, pero yo no creo en esas cosas, señor.

—Sin embargo, si se lleva la sangre consigo, es que la quiere para algo.

—Esto resulta indudable.

—Da para reflexionar...

—¡Y tanto que sí! Pero el porqué lo hace, a usted se le ocurrirá. Para eso es usted periodista. Los periodistas tienen mucha imaginación.

—Con tal que no me pase de rosca... Bueno, Elisabeth, gracias por lo que me has dicho. No es mucho, pero te lo agradezco igual. Si te enteras de algo más, me lo dirás, ¿verdad? Cuento con tu valiosa colaboración —y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Gracias, señor —y Elisabeth se fue toda ufana de los «adelantos» que había hecho con el nuevo y flamante huésped.

Ya a solas, Warren Nortton deshizo su maleta. No sin antes descorrer enteramente la cortina de la ventana, pues entraba muy poca claridad. Circunstancia ésta, no motivada por lo avanzado de la hora, sino por las nubes

oscuras, más bien negras, que se estaban apelotonando en el cielo.

Sin duda acabaría lloviendo a juzgar por lo amenazadora que se estaba poniendo la bóveda celeste. Así que, Warren pensó que lo mejor que podía hacer era ir a echar un vistazo a la localidad. Tenía que saber cuanto antes sobre qué suelo estaba poniendo los pies, junto a qué decorado iban a desarrollarse los hechos.

Salió a la calle. Había dejado el coche aparcado allí mismo, pero se dirigió a pie hacia el otro extremo de la plaza Mayor. Allí estaba la carnicería de Garret. Vio junto a su puerta a una joven con la expresión triste, muy triste, y dedujo que se trataría de su hija. En efecto, era Agatha.

Siguió adelante, hasta meterse por una calle de pequeñas casas de una sola planta, con jardines alrededor. Como era ya otoño, las flores no abundaban, mejor dicho, casi no se veían por ninguna parte. Menos en un jardín, en ése sí había flores, y muchas, y hermosísimas. Lozanas y fragantes como si fuera pura primavera.

Reparó en su propietaria, que estaba en el jardín contemplándolas. Era joven, y muy guapa, pero iba en un sillón de ruedas.

«Esta debe ser Isele, la que fue novia de David Bettman», pensó Warren.

Pasó de largo. Y anduvo hasta que, ya al término de la calle, apareció ante sus ojos la colina sobre la que se asentaba la mansión de los Bettman.

Ahora, sobre sus perfiles ya medio difuminados por la oscuridad que llevaba consigo el precipitado atardecer, caían las amenazadoras nubes. Unas nubes cada vez más negras.

Warren pensó que Fergusson no tenía mucho de agradable. No acertó en un principio a analizar debidamente el porqué de su apreciación, pero su sensación era ésa.

Tal vez, de haberse presentado allí unos meses antes, hubiera pensado de distinta manera. En verano, o primavera, con flores en lodos los jardines, el ambiente debía resultar mucho más acogedor. Pero ahora, tan metidos ya en el otoño, con el cielo encapotado, todo cambiaba fundamentalmente. Aunque, claro, quizá contribuía a su apreciación saber que por allí andaba suelto un peligroso asesino.

CAPITULO III

Warren Nortton subía la colina a través del pequeño bosque que se hallaba situado por la parte norte. Ascendiendo por aquella zona, su llegada, sin duda, resultaría más discreta, no sería reparada por nadie. Además, que por allí podría ver ese precipicio por donde cayera David Bettman y su novia Isele. Pero tenía que darse prisa porque la oscuridad se le estaba echando encima.

Ya arriba, la mansión de los Bettman no le resultó tan imponente como vista desde abajo, desde Fergusson. Viéndola de cerca, a pocos metros de distancia, se reparaba en seguida en que aquellas fachadas estaban pidiendo una buena restauración. Por dentro quizá fuera otra cosa, pero por fuera, evidentemente, estaba haciendo falta un buen arreglo. En cuanto al lugar por donde cayera David Bettman en aquel accidente aún no claramente especificado, no era, al parecer, sitio como para inquietar a nadie. Daba la impresión de ser, junto a los árboles que circundaban la zona, un terreno sin riesgos de ninguna clase. Aunque el precipicio, eso sí, debería tener unos quince o veinte metros de altura.

En uno de los grandes ventanales de la mansión, había luz. Warren vio a través de los cristales una silueta de mujer, alta, erguida, que luego desapareció de su ángulo visual. Debía tratarse de la dueña de la casa.

Miró hacia el cielo, empezaba a lloviznar. Era de suponer que sucediera tal cosa. Aquellas nubes tan negras no daban opción a esperar algo distinto. Pensó en regresar. De momento ya había echado una ojeada, ya había visto lo que quería.

Pero, de súbito, Warren Nortton quedó tenso, agudizando el oído. Le había parecido que no estaba solo.

Siguió quieto, inmóvil, a la espera de ver si alguien aparecía ante su presencia. Lo que en cierto modo le extrañaba, pues el tiempo, qué duda cabe, no sugería paseos.

Pero sí, había alguien allí, y pudo constatarlo de la manera más tajante y contundente. Se dejó ver ante él un monje. Por lo menos, la persona que se plantó a pocos pasos de él, entre la oscuridad, llevaba un hábito de monje, con la capucha alzada. Por lo que, por descontado, no pudo verle el rostro, ni adivinárselo siquiera. Ese monje esgrimía en su mano derecha una barra de hierro. De pronto la alzó en el aire, descargándola con fuerza sobre la cabeza de él.

Warren Nortton esquivó el golpe cuanto pudo, pero evidentemente el ataque había sido súbito y traidor. Aun así, el golpe recibido no pudo con él, si bien es cierto que le dejó tambaleante.

Aunque no lo suficiente tambaleante como para no encontrar fuerzas de flaqueza y descargar un descomunal puñetazo. A la mandíbula de ese monje cuyo rostro no veía

El monje cayó hacia atrás. El directo le había cogido desprevenido. Pero

no soltó la barra de hierro.

Warren Nortton pensó que quizá se lanzaría nuevamente al ataque. La idea no terminaba de gustarle. A consecuencia del golpe recibido, se hallaba medio atontado.

Pero al monje tampoco le había agradado nada la contundencia del puñetazo recibido, por lo que optó por huir, aprisa, lo más rápidamente posible, antes de ser reconocido.

Se levantó presto, pues, y desapareció entre los árboles, y entre la oscuridad ya intensísima.

Warren se llevó la mano al sobaco, acariciando su automática. Prefería no haber tenido que hacer uso de ella. De momento al menos, mejor que siguiera quietecita en su sitio.

* * *

Iba a entrar nuevamente en la posada, cuando se dio cuenta de que Betty estaba allí, en la puerta, esperándole.

—Venga a mi casa, Warren, mi padre quiere hablarle.

—¿Ahora mismo? —instintivamente se llevó la mano a la cabeza, al lugar donde había recibido el golpe.

—Sí, ahora mismo. Por favor...

—Lo que usted diga —se resignó.

Al llegar, cuando empezaba a llover ya con cierta intensidad, se enteró de lo que se trataba. El doctor Banlester sabía algo y no se lo había dicho.

—He reflexionado sobre el caso, señor Nortton, y he llegado a la conclusión de que si ha venido a ayudarnos, lo normal y lógico es que yo me sincere enteramente con usted.

—Supongo que sí —dijo Warren.

—Pero, siéntese, acomódese, se lo ruego. ¿Quiere un whisky?

—Sí, gracias —aceptó, convencido de que un trago no le caería nada mal.

Betty se lo sirvió. El había ya tomado asiento. Instantes después, el doctor Banlester se sentaba frente a él.

—Verá usted, señor Nortton, yo suelo tener en un armario de cristal, en la estancia que me hace de consultorio médico, un frasco de cloroformo. Un frasco que me desapareció incomprensiblemente hará unos seis meses.

—¿Coinciden las fechas? —Preguntó Warren—. Me refiero a esos crímenes...

—Sí, si —asintió el doctor Banlester—. A partir de desaparecerme ese cloroformo, el asesino actúa... Tengo que pensar, inevitablemente, que hace uso de lo que me quitó... Pero no sé cómo pudo hacerlo, ni quién pudo realmente hacerlo...

—Si hace un poco de memoria —repuso Warren— no creo que le cueste llegar a alguna conclusión positiva. Ante todo, dígame, sus pacientes, cuando vienen a verle, ¿tienen opción a ese armario de cristal?

—Sí —afirmó el doctor.

—Eso significa que no lo tiene cerrado.

—No. Nunca creí que fuera necesario tomar esa precaución. Era absurdo suponerlo así, hágase cargo.

—Sí, claro —admitió. Luego añadió—: Puestas así las cosas, haga memoria, doctor Banlester, ¿qué enfermos recibió usted que pudieran, de proponérselo, apoderarse de ese frasco?

—Sólo aquellos a los que dejé a solas en la referida estancia, mientras yo pasaba a la habitación contigua, que es mi despacho, para hacerles las recetas correspondientes.

—¿Y esos pacientes fueron...? Sus nombres me interesan sobremanera. Haga un esfuerzo por recordar, por no olvidarse de ninguno...

—He estado todo este tiempo esforzándome por recordar. Como usted comprenderá, señor Nortton, este asunto me tiene muy intranquilo.

—Desde luego no hay para menos.

—Pues bien —dijo el doctor Banlester tras una pausa—, recibí por aquellas fechas, dejándolas solas en mi consultorio, a Ingrid y Helga, y a Sofía, a la sobrina de ambas... Ingrid y Helga son dos viejecitas puramente inofensivas... No sé en realidad por qué se las menciono...

—Menciónеme a todos. Yo seré después quien considere si son o no personas inofensivas.

—De acuerdo. Recibí también... —repuso seguidamente— a Garret, el carnicero, y a Agatha, su hija... Es una muchacha que debiera estar recluida en una clínica psiquiátrica. Pero su padre se niega a encerrarla, dice que eso sería como perderla para siempre...

—¿A quién más recibió, dejando en condiciones de apoderarse de ese frasco de cloroformo?

—A la señora Bettman, y a su hijo Martín. Vinieron una tarde, y aunque su visita fue breve, se ajusta a lo que nos estamos refiriendo.

—¿A quién más? —inquirió Warren.

—A Isele, la muchacha paralítica. La que fue novia de David Bettman. Tenía un fuerte resfriado y vino a verme.

—¿Alguien más? —volvió a preguntar.

—Sí, a Elisabeth, la hija de la posadera. Le había quedado demasiada tos de su último resfriado y quiso que la mirara por la pantalla.

—¿Alguien más?

—No, nadie más que yo recuerde, A los demás no les dejé solos en el consultorio. Esos otros no pudieron hacerlo.

—¿Y quién más, aparte de sus clientes, pudo tener acceso al cloroformo? Sin duda su sirvienta...

—No, no —dijo el doctor Banlester—, mi sirvienta no entra nunca en mi consultorio, lo tiene prohibido. Antes lo hacía y me lo dejaba todo revuelto. Es mi hija Betty la que se encarga de tener aseada esa estancia y la que asimismo arregla mi despacho. Así que, a este respecto no hay dudas para

usted, señor Nortton.

—Conforme.

—¿Otro whisky? —le preguntó Betty, sonriente.

—No, es mejor que no —dijo Warren—. Debo mantener la mente clara.

—Confiamos en usted, señor Nortton.

—De acuerdo, doctor Banlester. Y ahora, aprovechando que la lluvia ha amainado, voy a despedirme de ustedes. Mañana vendré a visitarles así que me sea posible. Hasta entonces, tengan prudencia, no se arriesguen innecesariamente en ningún sentido.

—Así lo haremos —dijo Betty.

—Si surge algún imprevisto, me telefonean —se había puesto en pie, impresionándoles con su estatura—. Acudiré inmediatamente.

—Con usted en Fergusson, estamos mucho más tranquilos, señor Nortton —el doctor Banlester le tendió la mano—. Desde luego, mi hija tuvo una gran idea al llamarle.

—Sí, fue una gran idea —corroboró Warren Nortton, y sonrió a la muchacha de significativamente manera.

CAPITULO IV

El día había amanecido sin conseguir sacarse de encima una niebla tan espesa y plomiza que dificultaba la respiración y oprimía los pulmones. Una niebla que se había abatido sobre Fergusson como todos los años por aquellas fechas y que, asimismo como todos los años, tenía las trazas de no ir a desaparecer en varias semanas.

El cielo seguía encapotado, lleno de espesos nubarrones. Pero ya no llovía. Apenas caían unas gotas de vez en cuando.

Warren Nortton salió de la posada seguido de la mirada acariciadora de Elisabeth, la hija de la dueña, que aquella mañana parecía llevar un escote aún más generoso de lo que era proverbial en ella.

Warren se dirigió decididamente hacia su coche. Había ya trazado su plan, que, aunque apenas esbozado, podía resultar bien. En definitiva, de algún modo tenía que empezar.

Pero antes de ocupar su puesto ante el volante, vio un papel junto al parabrisas. Lo mismo que si estuviera en Londres y aquella fuera la multa que acababa de ponerle un guardia.

Cogió el papel, donde había escritas unas palabras. Con letras de imprenta, para que no pudiera ser identificada. Leyó:

> «Váyase de Fergusson antes de tener que lamentarlo. No me caen nada bien las personas que se meten en las vidas ajenas. Hágame caso y no quiera morir joven.»

Con un gesto desdeñoso, Warren arrugó el papel entre sus dedos, hizo una pequeña pelota y luego la arrojó lejos. Después se sentó ante el volante y le dio al acelerador como si tal cosa.

Había de detenerse, poco después, ante la casa de las viejecitas Ingrid y Helga. Ya se había informado de cuál era la dirección.

Le salió a abrir Sofía, la sobrina, pelirroja, pecosa y fea. Una joven que desde el primer momento miró al detective con manifiesta desconfianza.

—¿Desea hablar con mis tías? —Inquirió cuando Warren le expuso sus deseos—. Me temo que hoy no vaya a ser posible, no se encuentran bien, están en la cama.

—¿Las dos? —preguntó Warren levantando una ceja, exponiendo su incredulidad.

—Sí, las dos —aseguró la joven—. Están muy acatarradas. Y como supongo que el motivo de su visita no es urgente...

—Quiero creer que no —dijo Warren—. Además, teniendo presente que usted puede responderme por ellas... Espero que no tenga inconveniente en hacerlo.

—¿Responderle...? —se había puesto en guardia.

—Sí, eso he dicho. Desde luego no tiene obligación de hacerlo, pero la supongo lo suficientemente amable y gentil como para no entorpecer mi labor, que es, ni más ni menos, que averiguar el porqué de esos crímenes... Soy periodista, ¿sabe?, y me envía mi periódico.

—Comprendo.

—Así que, cuento con su colaboración, ¿verdad?

—No sé hasta qué punto he de poder... —se interrumpió. Evidentemente aquello no le gustaba nada.

—Sólo voy a pedirle la información que buenamente pueda ofrecerme.

—Pero yo no sé nada...

—Lo supongo. De todos modos, quizá tenga alguna sospecha. A veces, la intuición...

—No tengo derecho a dejarme guiar por mis simpatías o antipatías personales. Sería mezclar las cosas, ¿no le parece a usted?

—¿Qué ha querido decirme con esto, que en realidad sí sospecha de alguien...? Algo así, evidentemente.

En aquel momento, en el vestíbulo, apareció una mujer de mediana edad, de baja estatura, con un moño encanecido sobre su nuca. Iba con un delantal a rayas y con un plumero en la mano. Miró hoscamente a Warren Nortton, aunque sólo durante unos segundos. Después volvió a desaparecer.

—Es Natalia, una mujer que viene a ayudarnos a las faenas caseras un par de veces a la semana —le explicó la sobrina—. Mis tías son ya muy viejas y yo no me encuentro muy bien de salud.

—Siga con lo que me decía —repuso Warren.

—Ya no recuerdo en lo que estaba.

—Me decía que no tiene derecho a dejarse guiar por sus simpatías o antipatías personales...

—¡Ah, sí! —Y agregó, tras vacilar un poco—. Verá usted, tengo la convicción de que todo lo malo que sucede o pueda suceder en Fergusson, es por culpa de Isele... Isele, la paralítica... Para mí no es otra cosa que una pequeña y endiablada bruja...

—Pues desde su sillón de ruedas, da la sensación de ser enteramente inofensiva —quiso estirarle de la lengua.

—¡Una falsa y engañosa sensación! —Exclamó la joven pelirroja, y casi le rechinaban los dientes de la rabia que indudablemente sentía por su vecina—. Es una maldita bruja, no le quepa duda... Sólo así se explica lo de las rosas...

—¿A qué rosas se refiere usted? —preguntó Warren.

—A las de su jardín. ¿No las ha visto usted?

—No —mintió.

—Pues cuando salga de aquí, pase a verlas. Se quedará boquiabierto. Aparecen lozanas, radiantes, hermosísimas... ¡Ni en primavera podrían estar tan fragantes! Y estamos en otoño... Por lo demás, en todos los demás jardines ya no hay flores de ninguna clase... Lo dicho, es una bruja... Forzosamente tiene que serlo... ¿Qué otra cosa podría ser?

—Resulta curioso lo que me ha contado, por descontado que sí. Pero dígame, ¿qué posible conexión puede haber entre esa posible brujería de Isele y esas muertes...?

—No lo sé —movió negativamente la cabeza—. Eso sí que no lo sé. Pero si el mal parte de alguien, seguro que es de ella.

—No le tiene mucha simpatía.

—Ninguna —reconoció.

—¿Existe, al margen de lo expuesto, algún otro motivo que le haga sentir esa manifiesta antipatía hacia ella?

—Antes era muy orgullosa, se creía la más guapa y atractiva de Fergusson. Se guaseaba de todas las demás muchachas. Cuando era la novia de David Bettman, no había quien la aguantara. Desde entonces —puntualizó— radica mi antipatía.

—Es muy sincera al reconocerlo.

—¿Por qué no había de reconocerlo, si aquí en esta localidad todas las muchachas de mi edad piensan lo mismo? Pueden o no confesarlo, pero piensan igual. No le quepa la menor duda.

—Me ha convencido de ello.

—Bueno, no creo que pueda añadir nada más.. En realidad, me hallo al margen de lo que sucede...

—Gracias —dijo Warren—. En todo caso, pasaré otro día a hablar con sus tías. Supongo que no le sabrá mal volver a verme.

—Venga si quiere, pero de antemano le advierto que mis tías no saben más que yo. Ni ganas, ésta es la verdad. A veces, saber más de la cuenta puede resultar peligroso.

—Convengo en ello. Adiós.

Se despidió de la joven, saliendo a la calle. Y una vez allí, lo primero que hizo fue mirar a su alrededor, a los jardines colindantes, buscando el de Isele. Quería comprobar de nuevo si era cierto lo referente a las rosas.

Evidentemente, era cierto. Allí cerca estaban... ¡Frescas, fragantes, bellísimas, despidiendo un perfume embriagador!

No se entendía bien, y Warren se acercó a la valla pintada de color verde para ver todo aquello más de cerca. No parpadeó, si bien porque no era propenso a quedarse perplejo ante nada ni ante nadie.

Estaba aún allí, cuando se dio cuenta de que alguien se detenía detrás de él. Se volvió, encontrándose con aquella mujer de mediana edad, de baja estatura, con un moño entrecano sobre la nuca, que hacía pocos minutos viera con un delantal a rayas y un plumero en la mano en casa de las viejecitas Ingrid y Helga.

—Sé que no es usted periodista... —le oyó decir de buenas a primeras—. Ha sido solo una excusa para meterse en la casa y preguntar... Sé lo que se lleva entre manos.., —y con absoluta extrañeza por parte del detective, añadió —. Se lleva entre manos averiguar si fui yo, o no, quien robó el jarrón de plata...

—¿El jarrón de plata?

—Sí, no se haga el tonto, sabe de sobras a qué me refiero. Pero no, yo no lo robé —aseguró firmemente—, así que está perdiendo el tiempo. Es bien cierto que en la casa no había, en aquellos momentos, más sirvienta que yo, pero aún así, yo no fui la que hizo desaparecer el jarrón...

—Me lo asegura con un tono tan convincente, que me veo obligado a creerla. Pero, dígame, dígame exactamente cómo sucedieron los hechos... —se daba cuenta de que el momento resultaba propicio para saber a lo que se estaba refiriendo.

Para ello iba a bastarle, sin duda, con haber hecho un poco hincapié en el asunto.

No se equivocó.

—Como todos saben, yo servía en la mansión de la colina —dijo la mujer—. Servía a la señora Bettman... Yo fui aquel día, pues el mayordomo tenía su día libre, la única con fácil acceso al salón donde, sobre la repisa de la chimenea de mármol, se hallaba el susodicho jarrón... Desapareció de la manera más insólita e incomprensible, lo admito... Admito, incluso, que en un principio sospecharan de mí... Pero debieron recapacitar, tanto la señora Bettman como su hijo Martín. Eran muchos los años que yo les servía con absoluta fidelidad... Ese pensamiento debió sacarles de toda duda... Creo, sinceramente, que yo me lo merecía... Además, se hallaba abierta la ventana de la sala de música. Por allí, desde el exterior, pudo entrar cualquiera... Pero no, se obsesionaron con la idea de que yo era una vulgar ladrona y ya no hubo forma de hacerles razonar. Sin embargo, carecían de pruebas y tuvieron que dejarme tranquila... A gusto me hubieran mandado detener y encarcelarme, no lo dude usted.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Unas semanas después de morir David, el hijo mayor de la señora Bettman. Pero, bueno —la mujer pareció interrumpirse a sí misma—, ¿qué es lo que pretende usted en definitiva? ¿Demostrar mi culpabilidad? Ya le he dicho que pierde el tiempo, que yo no robé el jarrón...

—La creo.

—Pero se está inmiscuyendo en el asunto, eso está claro. ¿Quién le paga? La señora Bettman, ¿no es eso?

—No.

—Entonces, ¿su Hijo Martín?

—Tampoco —y para tranquilizarla—. Puedo asegurarle, que hasta que usted lo ha dicho, incluso ignoraba el hecho de que un jarrón de plata hubiera sido robado.

—¿En serio? —no estaba muy convencida de lo que acababa de oír, pero empezaba a tener sus dudas.

—Completamente —dijo Warren.

—Siendo así —murmuró ella—, me he pasado de lista...

—Tampoco ha perdido nada. No se preocupe.

En aquel momento apareció Isele en el dintel de la puerta con su sillón de ruedas. Les miró por un instante, no dejó que su rostro expresara nada, y luego retrocedió, volviendo a cerrar la puerta.

Warren Nortton la había mirado detenidamente. No quiso perder la ocasión de hacerlo. Sabía que Isele era una de las principales protagonistas de su historia, de esa historia que cuanto antes tenía que dejar debidamente esclarecida.

Mirada de cerca, ¿qué impresión le causó la muchacha paralítica, joven, guapa, de oscura, fría e inanimada mirada?

Lo único cierto, es que, poco después, al llegar a la casa del doctor Banlester y hallarse en presencia de éste, su pregunta surgió a boca de jarro.

—¿Está seguro, doctor, de que Isele se halla paralítica...?

* * *

El doctor Banlester le había respondido que sí, que estaba claro que Isele había perdido por completo la movilidad de sus piernas.

—Pero si se opera, posiblemente pueda volver a ser una chica normal —había añadido—. Sin embargo, sería una intervención difícil, y habría de costarle mucho dinero. Ella no lo tiene...

Iba recordando estas palabras mientras regresaba a la posada. Entretanto, a través de los cristales de la ventanilla de su coche y de la niebla del exterior, iba observando cómo era Fergursson y como eran sus habitantes.

Poco después, apenas se apeó del coche y se dirigió hacia la puerta de la posada, Elisabeth le salió al encuentro.

—Señor Nortton, le llaman por teléfono.

—¿A mí? —no se lo esperaba.

Por un momento se temió que pudiera ser Betty, o el doctor Banlester. Quizá les estuviera sucediendo algo malo. Pero acababa de dejarles en su casa, sin que nada les pasara, así que, sin duda, no se trata de ellos.

Sin embargo, se apresuró a coger el auricular.

—Diga. ¿Con quién hablo?

La voz no tardó en dejarse oír.

Era una voz extraña, que sin duda sonaba a través de un pañuelo o de alguna tela fina. Podía ser tanto una voz de hombre como de mujer.

—Habla con su... asesino, si no se marcha de Fergursson antes de doce horas.

—Por lo que oigo —respondió Warren, imperturbable— tiene usted sentido del humor.

—No me tome a broma, podría arrepentirse muy seriamente de ello —advirtió la voz.

—¿Es usted el mismo que me ha dejado escrito aquel papel, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —reconoció esta vez, añadiendo—; En Fergursson sólo hay un

asesino y éste soy y o...

—Mucho gusto en conocerle —Warren seguía imperturbable, con lo que demostró a su interlocutor que tenía los nervios a toda prueba.

—No se quiera hacer el gracioso, y hágame caso, márchese antes de que sea tarde...

—Había pensado en quedarme varios días y yo no suelo cambiar de idea fácilmente. Además, si me voy, ¿cómo voy a hacer el reportaje que me ha pedido el director de mi periódico?

—¡Demonios, que usted no tiene nada de periodista! —Barbotó la voz—. Usted es detective privado.

—¿En serio? ¿Quién se lo ha dicho? —y si no bromeó, le faltó poco.

—Lo sé, esto es lo que importa. Así que —concluyó la voz, realmente amenazadora—, no estoy dispuesto a permitir que meta su olfato en los manjares que yo cocino... O se larga, o no cumplirá un año más. ¡Está avisado! —y colgó de un golpe seco.

Warren colgó a su vez, chasqueando la lengua, tan sereno e imperturbable como al principio.

—Oiga... Oiga...

Warren se giró hacia la voz de mujer que parecía estar dirigiéndose a él.

—¿Es a mí? —preguntó.

Había entrado en la posada la hija de Garret, el carnicero. Ahora le estaba mirando de una manera insistente.

—Sí, es a usted.

—Dígame... —dando un par de pasos quedó ante ella.

—Deseo hablarle. ¿Puede ser? —preguntó Agatha.

—Claro.

—Pero aquí no es prudente —le hizo saber, bajando la voz y mirando a la dueña de la posada y a su hija Elisabeth con cierta desconfianza—. Sería mejor que saliéramos fuera.

—A su gusto.

Salieron a la acera. Allí no había nadie. Podrían hablar con entera libertad.

—¿De qué se trata...? —preguntó Warren, queriendo facilitar el comienzo de la conversación.

Sabía que Agatha, la hija de Garret, era una deficiente mental y prefería, de ser posible, no correr el riesgo de que se arrepintiera de querer hablarle. No fuera a ser que se le atrabancaran las palabras por sentirse cohibida. Podía, indudablemente, resultar muy interesante lo que deseaba decirle.

—Ha estado hablando con Sofía... —sonrió la joven, pero tenía el aspecto triste, muy triste, de siempre—. No, no se crea nada de lo que haya podido decirle... Isele no es ninguna bruja... Isele es buena... Pero ella le tiene rabia, mucha rabia, porque estuvo enamorada de David Bettman y él nunca le hizo caso...

—¿Sabe algo de todo aquello que pasó? —preguntó Warren.

—¿Del accidente...? No, yo no sé nada. Pero si sé que ella, Sofía, la

sobrina de las viejecitas Ingrid y Helga, echó veneno, o algo así, a las rosas del jardín de Isele... Yo la vi... Lo hizo de noche... quiso destruir las rosas, para que la pobre Isele no pudiera vendérselas a la señora Bettman.

—Pues por lo que he podido ver —especificó Warren— no se ha salido con la suya. En todo Fergusson no hay flores más fragantes y hermosas que las de Isele...

—Esto es ahora —dijo la hija de Garret—, pero antes, cuando Sofía les echó el veneno, o lo que fuera, todas sus rosas se marchitaron. Solo que luego, de súbito, cuando ya nadie se lo esperaba, se pusieron de nuevo lozanas y hermosas... ¡Fue como un milagro!

—Sí, algo así parece.

—Pero Sofía les echó veneno para que se ajaran, para que se marchitaran, para que Isele no pudiera venderlas y se viera en la miseria... He querido que usted lo supiera —y añadió—: Me cae usted muy bien, señor Nortton.

—Ya veo que sabes mi nombre.

—Sí, sí. En esta localidad se habla en seguida de los forasteros.

—¿Y qué se dice de mí?

—Unos dicen que es usted periodista, otros que es usted policía, o detective, que viene a ser lo mismo, ¿no?

—Parecido.

—A mí me da lo mismo que sea una cosa como otra. Lo único que no quiero, es que haga caso a Sofía... Es mala, siempre lo ha sido.

—Tendré presente lo que me ha dicho. Gracias.

Cuando la hija de Garret se fue, Warren Nortton se quedó un rato reflexionando. Estaba poniendo en orden sus ideas.

Minutos después, optaba por volver a casa del doctor Banlester, aunque, en esta ocasión, con la única y exclusiva pretensión de hacer una pregunta, sólo una, a su hija.

—Dígame la verdad, Betty, ¿ha dicho usted a alguien que soy detective? Quedamos en que íbamos a silenciarlo, ¿recuerda?

Betty se quedó por unos instantes profundamente confusa. Después reconoció.

—Pues bien, sí, lo he dicho... ¿Tan mal he hecho? ¡Oh, por Dios!

—Hubiera sido preferible no decirlo. Las noticias vuelan. Pero, en fin, no es nada irreparable. A propósito, ¿a quién se lo ha dicho?

—A Isele, sólo a Isele. Pero ella me ha asegurado que no se lo diría a nadie —luego agregó—. Discúlpeme, Warren, pero la vi tan preocupada por esos crímenes, que pensé que debía tener miedo, mucho miedo... Se me ocurrió explicárselo todo, para tranquilizarla...

—Quizá hizo bien —admitió Warren—. Lo malo es que, por lo visto, Isele se lo ha dicho a alguien más. Ya se sabe, a las mujeres les cuesta callar. Y ese alguien que recibió la confidencia de Isele, debe habérselo dicho a alguna otra persona, y ésa a su vez también ha hablado... Bueno, ya todo Fergusson sabe que soy detective y que estoy aquí para encontrar al asesino de esos crímenes.

—Lo lamento, Warren —Betty estaba compungidísima—. Si lo hubiera sabido, de veras que no...

—No se preocupe, a mí no me importa estar al descubierto. En mi profesión, esto es normal y corriente.

—No quisiera por nada del mundo, que por haber cometido yo una imprudencia... —un par de lágrimas aparecieron en sus bonitos ojos.

—Nada va a sucederme, no se inquiete —sonrió Warren—. Pero si quiere que la castigue, estoy dispuesto a hacerlo... —y viendo que seguían solos en la habitación—. ¿Qué le parece un beso...?

Betty le devolvió la sonrisa.

—Me parece un castigo maravilloso.

Warren Nortton estaba ya junto a ella, estrechándola entre sus brazos. Y el beso, dado y compartido, no tardó en llegar. No podía tardar, evidentemente, lo que tanto el uno como el otro estaban deseando desde el mismo instante de conocerse.

CAPITULO V

Las viejecitas Ingrid y Helga se habían acostado hacía rato. Debían ya estar durmiendo, y Sofía, la sobrina, lo sabía.

Como sabía, que si iba con cuidado, si andaba con pasos sigilosos, si abría la puerta despacio, si la cerraba con suavidad, ninguna de las dos se enteraría de su escapada.

Y estaba decidida a que esa escapada se llevara a cabo. Claro que sí. Estaba ya harta de dejarse guiar por los convencionalismos. No era hora muy apropiada para salir de casa y para reunirse con un hombre, convenía en ello. Pero él se lo había pedido y ella no había acertado a negarse. Quería encontrar novio y casarse de una vez. No era su intención quedarse soltera por comportarse como una mojigata.

Se dirigió lentamente hacia la puerta de salida. Había recorrido el pasillo casi sin poner los pies en el suelo. Ya allí, descorrió lentamente el cerrojo. Instantes después estaba fuera.

Y diez minutos más tarde, había llegado al lugar de la cita. A medio camino, aproximadamente, entre Fergusson y el lago. Lugar donde las paredes y el techo medio derruidos de una vieja casa iban a ofrecerles cobijo de las posibles intemperancias del tiempo.

La niebla no había amainado, y hecha girones se arrastraba por el suelo. No hacía demasiado frío, pero la humedad se calaba hasta los huesos y hacia tiritar los dientes unos contra los otros.

Sofía vio acercarse a una sombra. En realidad, a varios metros de distancia, no era otra cosa que esto, una simple sombra.

—¿Eres tú? — preguntó.

La sombra se acercó más, y entonces Sofía pudo ver, que quien estaba dando pasos hacia ella, era un monje. Por lo menos llevaba el hábito de monje.

—¿Quién..., quién eres? —inquirió esta vez con la voz muy temblorosa.

Acaba de recordar los crímenes que se habían cometido últimamente en la localidad, sintiendo un violento estremecimiento. Tan violento como si un látigo hubiera dado de pleno sobre su cuerpo.

Había sido una temeridad salir sola, y de noche, y en medio de tanta niebla. Una temeridad que rayaba en lo absurdo y disparatado, ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora?

¿Sería ya tarde...?

La pregunta se le atravesó en el pecho, en la garganta, le atenazó como unas implacables tenazas.

El monje estaba ya a su lado, pero bajaba la cabeza y el capuchón ocultaba su rostro.

Sofía pensó en echar a correr. Era, desde luego, lo mejor que podía hacer en semejantes circunstancias. No iba a ganar nada quedándose quieta,

queriendo averiguar la identidad de aquel sujeto.

Pero su resolución llegó tarde. De pronto, se vio sujeta por aquella persona, inmovilizada por su fuerza, mientras notaba que sobre su rostro se aplastaba un algodón impregnado de un líquido que despedía un olor extraño, como si de cloroformo se tratara.

Quiso rebelarse. Todo fue inútil. Las fuerzas tardaron muy poco en abandonarle, y el conocimiento le fue cediendo gradualmente hasta sumirla en una plena y total inconsciencia.

Volvió en sí, y entreabrió los ojos por unos instantes, cuando sintió un dolor agudo en la muñeca de su mano derecha. Entonces vio como el monje, con una navaja de afeitar, le había seccionado las venas de su mano derecha.

Volvió a hundirse implacablemente, irremisiblemente, en un desmayo abrumador. Del que, empero, volvió a salir otra vez. En esta ocasión por brevísimos y últimos segundos.

Ahora reparó como de su muñeca fluía la sangre a chorros, a borbotones, yendo a parar al interior de una regadera. El monje le sujetaba la mano, para que ésta no se moviera y el líquido fuera a parar a donde debía.

Volvió a cerrar los ojos.

Ya no volvería a abrirlos.

De los labios del monje salió una risita ahogada. Al poco, sus labios habían de murmurar con tono endiabladamente jocoso.

—Ha salido mucha sangre... Esta, por lo visto, tenía en sus venas más que las otras... —y seguidamente dijo y repitió—. Ya tengo nueva savia para las flores de Isele... Ya tengo nueva savia para las flores de Isele.

* * *

Hacía poco que se había retirado a su dormitorio, que era desde luego la mejor habitación de la posada. Warren Nortton encendió un cigarrillo y lo dejó colgando en sus labios.

Le gustaba analizar los hechos, reflexionar. Era el mejor modo de no dejar cabos sueltos.

Pero en esta ocasión, sus pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpecitos dados a la puerta. Unos nudillos que discretamente pedían permiso para entrar.

—Adelante.

La puerta se entreabrió lentamente, colándose dentro la atractiva y llamativa silueta de Elisabeth. Una Elisabeth sonriente, que no tardó en decirle:

—Venía a darle las buenas noches...

—Buenas noches —contestó Warren, que se sentía demasiado preocupado para considerar oportuno el prestar atención a aquella muchacha.

—Si necesita algo... —añadió Elisabeth con tono insultante y provocativo.

—No, nada. Gracias—respondió.

—¿De veras no necesita nada? —Y queriendo ser absolutamente clara—. Yo estoy a su entera disposición, señor.

—Eres muy amable, pero, de veras, no necesito nada.

—¿Está seguro...? — insistió; y no acertando a contenerse se acercó a Warren, pegando su cuerpo al de él

—Bueno..., pues la verdad..., yo... —el detective ya no estaba tan seguro de lo respondido anteriormente.

Elisabeth le tendió los brazos al cuello, mientras sus senos subían y bajaban al compás de una respiración jadeante y ansiosa.

—¿No le gusto...? —preguntó, acercando su boca a la de él.

—¡Cómo no! —Aseguró Warren—. Eres una muchacha muy apetecible.

—Pues entonces, si de verdad le gusto, podría demostrármelo...

—Si tú quieres, por mí no ha de quedar. Ciertas demostraciones siempre me han agradado.

A Elisabeth le faltó tiempo para empezar a desabrocharse la blusa. Lo hizo con presteza, como si en el fondo temiera que su flamante huésped pudiera cambiar de parecer.

Pero su desnudo no llegó a producirse, no llegó a ser un hecho. Cuando estaba en el último botón de la blusa, se oyó un grito frenético, estridente, que hizo temblar, más bien retemblar, las paredes de la casa.

—¡Es mi madre! —exclamó Elisabeth, sobresaltada—. ¿Qué ha podido sucederle...?

—Vete a verlo y lo sabrás —contestó Warren, sin perder su habitual serenidad.

Se abrochó la blusa para no traicionarse y salió de la habitación. Corrió escaleras abajo, que era donde se había oído el grito de su madre.

Warren Nortton fue tras ella. También a él le interesaba saber, y no poco, el motivo de aquel grito.

Al llegar abajo, pronto se enteraron, uno y otro, de lo que había sucedido. La dueña de la posada había creído ver, a través de los cristales de la ventana de su dormitorio, como un cuerpo inmóvil, sin vida, colgaba de uno de los árboles de la plaza Mayor. Colgaba pendido de los pies, cabeza abajo.

Mirando con más atención, se había dado cuenta de que aquel cuerpo era el de Sofía, la sobrina de las viejecitas Ingrid y Helga.

Llena de horror, de espanto, aunque en el fondo creyendo que veía visiones, que tenía alucinaciones, había salido de su dormitorio y se había dirigido a la puerta de salida. Ya en la calle, se había acercado a aquel cuerpo. Fue entonces, al ver que no se trataba de ninguna alucinación, cuando el grito salió de su boca.

Ya para entonces se había percatado de que el cuerpo de Sofía estaba sin sangre. La blancura y palidez de su piel resultaban altamente alucinantes.

—¿Qué sucede? —había preguntado Elisabeth al llegar junto a madre.

—Mira..., mira... —dijo ésta señalando el cuerpo de la víctima, colgada de los pies, cabeza abajo, con la muñeca de la mano derecha seccionada.

Elisabeth gritó a su vez, si bien de un modo ahogado, contenido, porque el horror le detuvo la voz en la garganta.

En aquel momento llegó Garret, el carnicero, hasta ellos. También llegó Agatha, su hija. Por lo visto habían oído los gritos y habían salido a ver qué es lo que pasaba. Su casa estaba, precisamente, ante aquel árbol cuyo espectáculo ahora lo tenía todo de siniestro...

—¡Oh, qué espanto! —exclamó la hija de Garret al ver el cuerpo sin vida de Sofía. Luego añadió—: Que casualidad... Estaba durmiendo y tenía una pesadilla... A Sofía la perseguía alguien, no sé quién... Quería matarla... ¡Qué estremecedora coincidencia!

—Yo también estaba ya durmiendo —dijo Garret—. Me han despertado los gritos... ¡Pobre muchacha!

Warren Nortton no dijo nada. Se estaba limitando a mirar a unos y a otros.

CAPÍTULO VI

La señora Bettman se había apeado del «Mercedes», que como siempre conducía su hijo Martín, y se había acercado a la casa del doctor Banlester, a cuya puerta llamó.

Martín se quedó ante el volante. No entró en la casa, como solía hacer. Sabía que su madre volvería en seguida. Sólo se trataba de hacer al doctor una simple pregunta.

En efecto, la señora Bettman salió de aquella casa instantes después, demostrando no escaso asombro al ver que un joven alto, de complexión atlética, de elásticos pasos, sé le acercaba.

—Permítame presentarme, señora Bettman. Soy Warren Nortton, periodista... —y tras una abierta sonrisa—: Supongo que no le sabrá mal que vaya a verla un día de éstos, a su casa... Me interesa mucho hablarle del jarrón de plata...

Dejó colgando los puntos suspensivos, y quedó a la espera de que fuera la dama la que dijera algo.

—¿Del jarrón de plata? —inquirió, acusando lo inesperado de la situación.

—Se lo robaron, ¿no es eso?

—Sí, sí...

—Pues creo saber quién fue —Warren dominaba la situación con su naturalidad y desenvoltura.

—¿De veras? —su sorpresa era evidente.

—Sí —afirmó—, pero hablaremos de eso en su casa, si me autoriza a visitarla.

—Si, por descontado —se apresuró a asentir—, venga a verme cuando lo desee —y agregó—: Cuanto antes, se lo ruego. La desaparición del jarrón de plata es algo que sigue teniéndome sobre ascuas.

—De acuerdo. La visitaré así que pueda. Buenos días, señora Bettman.

Pero antes de enfocar el asunto por ese lado, Warren Nortton quiso hablar con Isele. Pensaba que no podía dejar de hacerlo. Resultaba imprescindible que la conociera, que la tratara, y que sacara respecto a ella alguna que otra conclusión.

Se dirigió, pues, hacia su pequeña casa. Hacia donde pareció guiarle, por lo menos en los últimos metros, el aroma embriagador de las rosas de su jardín.

—Desearía hablar con usted.

—Pase —dijo Isele, tras haberle abierto la puerta desde su sillón de ruedas —. No se quede en el dintel. Con tanta niebla, la humedad se mete hasta los huesos.

—Con su permiso —y se adentró en el minúsculo vestíbulo.

—Estaremos mejor en la salita. Por favor... —le indicó una estancia en la que había un sofá, un par de sillones y una diminuta mesa. Eso era todo.

—Gracias.

Ya en la susodicha estancia, Isele le hizo tomar asiento. Ella quedó a su lado, en su sillón de ruedas.

—Sé quién es usted, Betty me lo ha dicho —repuso instantes después—. Me alegro de tener en quien poder confiar —y acto seguido—: Viene a hacerme unas cuantas preguntas, ¿verdad?

—Si es usted tan amable de querer respondérmelas...

Se animó la expresión de Isele, habitualmente fría e inanimada. Incluso sus labios esbozaron una sonrisa.

—¡Oh, sí!, cuente conmigo—exclamó.

—Se lo agradezco mucho —y acto seguido, sin querer perder el tiempo—, cuénteme lo que sucedió exactamente el día del accidente... Hasta ahora nadie ha sabido explicármelo.

—Lo que sucedió «exactamente» —dijo Isele, recalcando la palabra—, ni yo misma lo sé. Ni siquiera yo, que fui la protagonista de aquella escena. Resulta absurdo, ¿no cree?

—Un poco —convino Warren.

—Pues es así. De todos modos, se lo referiré... Quizá usted, más sagaz que yo, acierte a sacar conclusiones.

—La escucho atentamente.

—David y yo estábamos en la colina, entre los árboles, junto al precipicio... —Isele había empezado a jadear, si bien débilmente—. Era de noche, hacía mucho aire... Nos estábamos besando... De pronto, mientras yo tenía mis labios entre los suyos, cerrados los ojos, algo o alguien empujó a David... Debió ser el vendaval, no lo sé... Sólo sé que al abrir sobresaltada los ojos, el hombre que yo amaba caía ya por el vacio... Quise sujetarle, y a la desesperada conseguí hacerlo... Pero no, no pude evitar lo irremediable, de resultas de lo cual los dos nos precipitamos en el abismo. El murió en el acto —su jadeo había ido creciendo, creciendo—. Yo, más afortunada, o quizá menos, quedé así...

—Suponer que fue el aire, el vendaval, resulta un poco rebuscado, ¿no es de mi mismo parecer?

—Yo no vi a nadie por allí. Pero, claro, era de noche, ya se lo he dicho. Pudo haber alguna persona entre los árboles, esperando el momento de actuar.

—¿Alguien, por aquel entonces, sentía odio hacia ustedes dos? —preguntó Warren.

Isele no tardó mucho en responder. Tardó poquísimo. Por lo visto no tenía necesidad de reflexionar sobre el asunto.

—Desde que era la novia de David, yo creo que me odiaban todas las muchachas de Fergusson, a excepción de Betty, la hija del doctor Banlester, con ella siempre me ha unido una sincera y profunda amistad. Pero todas las demás, sí, me odiaban, la envidia las corroía, no podían disimularlo.

—¿Y alguna de ellas, en particular, pudo ser la que empujara a David? Si tiene alguna sospecha, le agradecería que la pusiera en mi conocimiento.

—No sé qué decirle... —reconoció, tomándose, ahora sí, una larga pausa

para reflexionar—. No sé, de veras... Sucedió todo tan inesperadamente, tan de pronto...

—Y respecto a la señora Bettman... —Warren enfocó el caso por este otro lado—, ¿qué opinaba del noviazgo de su hijo con usted?

—La señora Bettman era mi mayor enemiga. Una abierta enemiga, dispuesta a hacerme la guerra por todos los flancos. No, no estaba dispuesta a consentir que su primogénito se casara conmigo, una chica humilde... Pero David me amaba sinceramente y estaba decidido a desobedecerla. Pero claro —concluyó Isele—, ella no pudo ser quien empujara a su hijo hacia la muerte... Podía aborrecerme a mí, pero él era su hijo adorado...

—¿Y qué me dice de Martin, el otro hijo? ¿También le tenía declarada la guerra? Supongo que no le gustaría que usted estuviera dispuesta a formar parte de la familia.

—Martin es físicamente deforme, contrahecho —repuso Isele —, pero tiene un gran corazón. Además, quería mucho a su hermano, por lo que nunca nos planteó problemas de ninguna clase. Por otra parte, lo cierto es que estaba abiertamente de nuestra parte. El hecho de que David se viera capaz de desobedecer a su madre, le gustaba enormemente. Martin siempre se ha visto sojuzgado por su madre, desde pequeño, quedando convertido en un ser sin propia voluntad. Que David le presentara cara a su madre, le sabía a desquite, a revancha... Sí, estaba abiertamente de nuestra parte.

—¿Son muy ricos los Bettman? —preguntó Warren a continuación.

—Sí, muy ricos —corroboró Isele—, aunque la señora Bettman, a veces, peca de tacaña. Además, es la única que maneja el dinero. Lo retiene para sí, en su empeño, evidentemente, de que Martin no sienta la tentación de escapársele... Antes hacía lo mismo con David... Pero David se enamoró de mí y por mí estaba dispuesto, si llegaba el caso, a renunciar a lo que fuera... Fue un hermoso amor el nuestro... —y unas lágrimas ardientes, que quemaban, asomaron a sus pupilas.

—El doctor Banlester me ha hablado de sus piernas, Isele —Warren no quería dejar de tocar ningún punto importante—. Me ha dicho que lo suyo puede tener cura.

—Sí, ya lo sé —asintió Isele—, pero para eso necesitaría mucho dinero y no lo tengo. Ya voy ahorrando, pero, claro, es muy poco a poco... Vivo de la venta de mis rosas, sólo de eso...

—Desde luego, tiene usted las rosas más fascinantes de toda la localidad. En realidad, asombra verlas... Tan fragantes y lozanas, cuando, guiándonos al menos por el mes en que estamos, ya no debiera tener ninguna. ¿Cómo se las arregla para conseguir ese milagro? Porque parece un auténtico milagro...

Se nubló, se crispó la expresión de Isele. Quiso disimular su alteración, pero no lo consiguió. Algo pasó por su rostro, trastornándolo visiblemente.

Isele, sin embargo, no había de responder a esta última pregunta.

Se limitó, finalmente, a alzar los ojos hacia el joven detective, y a decirle:

—Debe saber algo que todavía no he contado a nadie.

—¿De qué se trata?

—De haber querido, hace ya tiempo que hubiera podido ser intervenida quirúrgicamente. Posiblemente, pues, habría recuperado ya el movimiento de mis piernas, pero no, a ese precio no quise... ¡No quise! —gritó.

—Explíquemelo mejor, Isele, por favor. No he terminado de entenderla.

—Una noche, de eso hará aproximadamente un año y medio, oí un ruido en la ventana del comedor. Yo estaba cenando, de espaldas, así que no pude ver a nadie a través de los cristales... Pero sí, evidentemente alguien había llegado hasta allí...

—Prosiga —Warren intuyó que aquello iba a resultar de vital importancia para el futuro esclarecimiento de los hechos. Así que, tras animarla a proseguir, quedó a la espera de que ella dejara oír nuevamente su voz.

—Me dirigí a la ventana —repuso Isele— y la abrí. Apenas hecho esto, vi en el alféizar de la ventana un fajo de billetes grandes, enrollados con una goma. A su lado había un papel escrito que decía: «Para que te cures, Isele.»

—¿Conserva ese papel? —quiso saber Warren.

—No —dijo Isele—, lo rompí en mil pedazos y lo tiré al cubo de la basura. Pero antes de eso, comprendiendo de quién me llegaba aquel dinero, lo arrojé con fuerza hacia el jardín, lo más lejos que pude, exclamando: «No quiero nada de ti, ¡ASESINO!»

—¿No sospecha quién pudo ser esa persona.

—No. Sólo sé que era el asesino... Su intención debió ser desembarazarse de David, pero no hacerme daño a mí. Al ver las consecuencias de su acción, debió sentirse lleno de remordimientos y...

—Me habla ahora del asesino, Isele. Antes me ha dicho que debió ser el vendaval el causante de que su novio se cayera por el precipicio... Se está contradiciendo.

—Sí, es cierto —admitió—, me estoy contradiciendo. Primero digo una cosa y luego otra, no encajan mis palabras.

—Indudablemente no.

—Coja de ellas lo que le parezca más aceptable, señor Nortton. En verdad estoy hecha un lío, no sé ciertamente qué pensar de todo lo que sucedió, ni de lo que sucede...

—Habla ahora, en presente. ¿A qué se refiere? ¿A esos crímenes que están llenando de horror a la localidad?

—Sí —dijo Isele—, a eso precisamente me estaba refiriendo.

—Entonces, ¿quiere darme a entender que para usted tiene algo que ver lo acaecido antes con lo que acontece ahora?

—Temo que sí.

—¿Qué le induce a suponerlo así?

—Lo ignoro.

—¿Está segura de que lo ignora...? —tuvo la sensación de que Isele no se lo decía todo, de que se quedaba algo para sí sola.

—Sí —volvió a decir la paralítica.

* * *

El alto y recio mayordomo, de unos cuarenta años, no tardó en abrir la puerta de la mansión. Y Warren Nortton, con expresión abierta y cordial, preguntó:

—¿La señora Bettman? —Y añadió—: Me espera.

—Ya he sido informado —respondió ceremoniosamente el sirviente—. Pase usted. Tenga la amabilidad.

La enorme casa, que por fuera pedía una restauración, por dentro ofrecía evidentemente un aspecto muy distinto. Allí todo estaba arreglado, amueblado y decorado de un modo perfecto.

—Es usted el señor Nortton, Warren Nortton, ¿verdad?—inquirió una voz apenas el joven detective se hubo adentrado unos pasos en el amplio y lujoso vestíbulo.

Se volvió hacia la voz que se le había dirigido en un tono un tanto impersonal, un tono, indudablemente, de circunstancias.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Martin —dijo el que acababa de aparecer.

Pero su presentación resultaba innecesaria dada su cabeza enorme, sus ojos saltones, sus brazos desmesuradamente largos, todo lo cual le convertía en un ser deforme y contrahecho. No, ciertamente no podía ser otro que Martin, el único hijo que ahora le quedaba a la señora Bettman.

—Mucho gusto.

—Soy el hijo de la señora Bettman —puntualizó—. Por favor —le indicó un amplísimo y confortable salón—, pase usted, hablaremos. Mientras mi madre no baje...

Ya en el salón, Martin pareció dar la sensación de sentirse impaciente. Como si quisiera decir algo y no acertara a saber por dónde empezar. Sí, sin duda se trata de eso, porque tras respirar hondo se decidió a decir:

—Según me ha dicho mi madre, viene usted a hablarnos del jarrón de plata. Mire, señor, yo personalmente pienso que valdría más dejar olvidado el asunto...

—¿Si?

—Sí, francamente —corroboró—. Puede que nos lo robara nuestra sirvienta, Natalia, es posible, aunque no tenemos pruebas de ello, pero, aún teniéndolas, yo me decantaría por no airear más el caso. Nuestra sirvienta era una buena persona, leal, honrada... Siempre lo había sido a través de muchísimos años... Pienso yo, señor Nortton, que aunque cometiera ese hurto, no hay por qué tratarla como a un ser indigno y despreciable. Si lo hizo, debió tener algún motivo poderoso. Alguna necesidad urgente... No sé, pero algo que en el fondo la justificara...

—Veo por sus palabras, señor Bettman, que usted no desea que el castigo recaiga sobre ella.

—Ya se lo he dicho, carecemos de pruebas, y creo honradamente que sin pruebas no se puede culpar a nadie. Hacerlo sería una acción altamente reprobable.

—Supongo que sí.

—Pero, ¿acaso tiene usted en su poder esas pruebas...? De ser así, entonces yo, no sé...

—Tengo una pista —repuso Warren Nortton. No podía decir otra cosa puesto que era ésa su carta de presentación en aquella casa—. Pero tan solo una pista...

—A la que mi madre se aferrará con todas sus fuerzas. Ella odia a Natalia, a nuestra sirvienta, desde el día que el jarrón desapareció. Se lo había regalado mi padre, le tenía en gran estima y...

—Me hago cargo.

—Mi madre tiene un temperamento excesivamente fuerte, dominante, autoritario, ¿sabe usted? Es buena, pero no sabe o no puede controlarse, y exige demasiado a los demás. Esto quizá no tenga mucho que ver con lo del jarrón de plata y con el modo como ella ha reaccionado al respecto... Pero, de todos modos, creo que le conviene saber a usted, señor Nortton, cómo es mi madre...

—Algo he oído decir —reconoció Warren—, deduciendo que es usted, Martin, la primera víctima, y perdone la expresión, de ese carácter que indudablemente no termina de complacer a nadie...

—Sí, tiene usted razón —admitió—. Yo soy la primera víctima. Lo he sido siempre. David era su preferido y el único que conseguía escapar a su influencia...

—¿Si?

—David siempre hacía lo que quería. Le presentaba cara a nuestra madre tantas veces como le veía en ganas. David tenía mucho temperamento, y a mi madre, finalmente, no le tocaba otro remedio que ceder. En lo único que no cedió nunca, fue en lo referente a su noviazgo con Isele... En eso no transigió. Dijo una y otra vez que no tendría jamás su beneplácito y que si se casaba con ella le desheredaría.

—Sus palabras debieron equivaler a un rudo golpe —dijo Warren— porque debía haber sido hasta entonces muy rumbosa económicamente con ustedes dos...

—No, no, señor Nortton. Mi madre ha administrado siempre su dinero de un modo muy poco generoso. Pero a David eso no le importaba. A mí, en el fondo, tampoco. Debía ser por la costumbre, ya desde pequeños nos trataba así...

—¿Tiene usted novia, señor Bettman?

—No, no... —Y añadió bajando avergonzando la mirada—. La verdad es que todavía no he encontrado quien se vea capaz de quererme... Sí, es lógico. Resulto muy poco agradable...

Dejó la frase sin concluir porque en aquel momento entró su madre en el

salón, alta, erguida, su aspecto era indudablemente el de una dama llena de orgullo.

—Ahora les dejo —dijo Martin, dirigiéndose a Warren Nortton—. Ahora ya está aquí mi madre. Buenos días.

Y se retiró.

Ya para entonces la señora Bettman se había plantado ante el joven detective, preguntándole, sin querer por lo visto perder el tiempo andándose por las ramas.

—Dígame, ¿qué sabe del jarrón de plata?

—Cuando le hablé el otro día —dijo Warren—, creía saber más de lo que en realidad creo saber ahora —era un modo de despistar, de no demostrar que aquello solo había sido un ardid para presentarse en aquella casa y para, en consecuencia, husmear lo máximo posible. Pero no, no referente al jarrón, eso en principio le tenía sin cuidado—. De todos modos, ahora que estoy aquí, confío en que usted me diga lo que sea... Después de escucharla, confío en llegar a una solución del asunto...

—Me robó la criada —repuso la señora Bettman—. Estoy convencida de ello. Desgraciadamente he carecido de pruebas, viéndome obligada a dejarla marchar tan campante.

—Eso sucedió no mucho después del accidente sufrido por su hijo David, ¿no es eso? —y enfocaba el tema que a él le interesaba.

—Sí, en efecto —corroboró la dama.

—Un accidente muy desgraciado. Debió tratarse del viento, del vendaval. Aunque es difícil saberlo.

—Sí, es difícil saberlo con exactitud —corroboró la señora Bettman—. Yo, en un principio, incluso llegué a sospechar que...

—¿Qué? —preguntó Warren al ver que se había detenido como, quizá, arrepentida de haber llegado a tal punto.

—A sospechar —repitió, tras respirar hondo— que había sido la propia Isele quien le arrojó por el precipicio.

—¡Pero esto resulta absurdo, sin lógica! —exclamó Warren.

—Yo acababa de hablar a mi hijo David, diciéndole una vez más que, si se casaba con Isele, le desheredaría. En esa ocasión, le juré que lo haría... Creo que mi juramento le impresionó y que se quedó más reflexivo y preocupado que las otras veces... No me resulta difícil suponer que, habiendo acudido a la cita que tenía con Isele, acabara diciéndole que se lo había pensado mejor y que había decidido romper la boda... No me resulta difícil suponer, pues, que Isele, en un arrebato de ira, de cólera, de desesperación, le empujara hacia la muerte.

—Pero Isele cayó también por el precipicio, quedando paralitica —apuntó Warren—. Puestas así las cosas...

—¿Quién le ha dicho que Isele cayera por el precipicio?

—Sólo ella, la propia Isele... ¿Quién dice que está paralítica? El doctor Banlester, sí, pero...

—Pero, ¿qué?

—Es Isele la que dice que no puede mover las piernas, la que asegura que ha perdido todo movimiento... En realidad, el doctor Banlester se limita a corroborar lo que Isele le dice. Y yo me fío tan poco de Isele, como pudiera fiarme de un piquete de ejecución.

CAPÍTULO VII

Acababan de sacar el ataúd de la casa de las viejecitas Ingrid y Helga. Había Sido colocado, entre la intensa niebla de aquella mañana, en el furgón mortuorio.

Puede decirse que toda la localidad estaba allí, dando su último adiós y dispensando su último tributo a la joven vilmente asesinada.

No había flores para el cadáver. No siquiera una sola. En realidad, la niebla, la humedad e incluso el frío que ahora se cernía ya sobre la localidad de Fergusson, habían acabado con las pocas que podían quedar en los jardines.

No así en el de Isele, donde las rosas seguían más lozanas y fragantes que nunca. De ello que la joven paralítica, instantes antes, hubiera salido a su jardín con unas tijeras en la mano y hubiera cogido un par de docenas de las más hermosas. Luego alzó la voz:

—¡Señor Nortton! ¡Señor Nortton! Por favor, venga...

Como la casa de Isele se hallaba casi exactamente frente a la de las viejecitas Ingrid y Helga, Warren oyó en seguida la llamada de la joven.

Se acercó.

—Buenos días, Isele.

—Hágame un favor, señor Nortton.

—A sus órdenes.

—Ponga esas rosas sobre su ataúd. Como no puedo hacer otra cosa por ella... Ya sé que me odiaba —añadió—, pero eso no tiene nada que ver... En momentos tan tristes como éstos...

—Sí, claro.

Isele le dio el ramo de rosas y Warren Nortton cruzó la calle para depositarlo sobre el ataúd, mientras los presentes, tanto unos como otros, miraban hacia el jardín de la joven paralítica.

Sabían de sobras que las flores venían de allí. No podían venir de otra parte. En toda la localidad no había ciertamente más rosas que las del jardín de Isele.

Poco después partía la comitiva, dirigiéndose a la iglesia y de allí, seguidamente, al cementerio.

Mientras cavaban la fosa, entre la niebla y los cipreses, y más cipreses y cada vez más niebla, Warren Nortton miraba a los que estaban allí. Miraba a los que habían acompañado al cadáver hasta su última morada. Sentía la sensación, una sensación viva, intensa, de que muy cerca se hallaba el asesino. Sí, se hallaba allí confundiéndose entre los demás, haciendo del anonimato su autodefensa.

Miró a la señora Bettman y a su hijo Martin, que habían llegado en su «Mercedes» sin duda queriendo hacer constar que, incluso en casos como ése, las categorías deben hacerse notar. Observó a Garret, el carnicero, y a su hija,

Agatha, que en esta ocasión mostraba un rostro no solo triste, muy triste, sino inundado de lágrimas. También estaba allí el doctor Banlester y Betty. E Isele, que acababa de llegar en su sillón de ruedas. Por lo visto finalmente se había animado a acercarse hasta el camposanto. A un extremo estaba la dueña de posada y su opulenta y atractiva hija Elisabeth.

La fúnebre ceremonia se llevó a cabo con toda normalidad y poco después todos se retiraban. Quedó, como único presente, las rosas que había ofrecido Isele.

Warren Nortton regresó acompañando al doctor Banlester y a su hija.

—Un nuevo crimen —repuso la muchacha— de análogas, de idénticas características... ¿Será el último? Mucho me temo que no. Es verdaderamente horrible...

—Pero, ¿para qué querrá el asesino la sangre de sus víctimas? —Inquirió el doctor Banlester—. Yo nunca he creído en dráculas, así que...

—Yo tampoco, lo confieso —reconoció Warren Nortton—: Será mejor buscar otra explicación.

Cuando pasaban frente a la casa de las viejecitas Ingrid y Helga, los tres miraron instintivamente hacia allí. Se hacían cargo del profundo dolor que debían sentir aquellas dos ancianas que en Sofía tenían la única alegría de su vida.

Fue en aquel momento cuando Warren vio, a través de los cristales de una de las ventanas, como Ingrid le hacía un gesto.

Warren dudó en un principio de que el gesto fuera dirigido a él, pero el gesto se repitió y ya no pudo tener dudas. Por lo demás, al poco se entreabría aquella ventana e Ingrid le decía:

—Por favor, señor Nortton, venga aquí... Tenga la bondad de dedicarnos unos minutos... Si no es demasiada molestia para usted...

—No faltaría más —repuso Warren, añadiendo al llegar allí—. Estoy a su entera disposición.

Ya en el interior de la casa, fue atendido por las dos viejecitas. Tanto por una como por la otra, con gran solicitud.

—Debe asombrarle que le hayamos llamado... —dijo Helga pasados los primeros minutos—. Es para ponerle al corriente de lo que sucedió... Eso tal vez le ayude a desenmascarar al asesino.

—Como comprenderá —añadió Ingrid, arrugando aún más su arrugado rostro— nuestro máximo deseo es que el asesino tenga su castigo, el que se merece.

—¿Para ponerme al corriente de lo sucedido...? —Aludió Warren Nortton dirigiéndose a Helga—. ¿Qué ha querido decirme?

—Nuestra sobrina no sentía la menor simpatía por Isele. Nuestra sobrina estaba enamorada de David, el hijo de la señora Bettman. Cuando él y Isele se hicieron novios formales, hágase cargo... —no acabó la frase, tal vez por considerarlo innecesario.

—Me hago cargo perfectamente —dijo Warren—, pero... —a su vez,

como un interrogante, dejó pendiente estos puntos suspensivos.

—Llevada por esa antipatía —dijo Ingrid— a nuestra sobrina se le ocurrió coger unos polvos que nos servían para matar las ratas, mezclarlos con agua y echar ese líquido sobre las flores de Isele. Lo hizo por la noche, cuando nadie había de verla... Pero nosotros la vimos, y créanos, la reñimos muy seriamente...

—Pero ya estaba hecho —agregó Helga— y nuestra sobrina, qué duda cabe, se salió con la suya, consiguió envenenar las flores... A la mañana siguiente, todas se hallaban mustias, marchitas...

Al llegar a este punto, hubo un silencio entre ellos. Silencio que Warren respetó, a la espera de que las propias interesadas prosiguieran.

—Hemos pensado, señor Nortton, que quizá alguien la vio... Nos referimos a que quizá alguien vio a Sofía haciendo aquella mala acción. Posiblemente, tal vez, la propia Isele. De ello llegamos a la conclusión, de que puede que su muerte no haya sido más que una venganza.

—¿Venganza? ¿De quién? —Inquirió Warren—. De Isele no puede ser... La muchacha se halla paralítica... ¿Se refiere, quizá, a alguna otra persona? De todos modos —prosiguió, antes de darles tiempo a objetar algo— deben convenir conmigo en que la sobrina de ustedes la han matado de igual modo que a las otras víctimas. Así pues, si a su sobrina Sofía la mataron por eso, ¿por qué mataron a las otras?

—Sí, sí, claro, todo eso de las rosas está muy confuso —admitió Ingrid—. Según como se mire, no tiene pies ni cabeza.

—Pero quizá usted llegue a sacar alguna conclusión —repuso Helga—, por eso hemos querido decírselo. Sin embargo, no vaya a suponer por lo que ahora sabe, que Sofía era una muchacha de malos instintos. No, en absoluto, era muy buena, sólo que en aquella ocasión, guiada por los celos sentidos en otros tiempos...

Hablaron poco más. Por lo que Warren Nortton salió de allí convencido de que poco, o nada, había sacado en claro. Sin embargo, le era preciso saber a qué atenerse respecto a unos y a otros, y a cualquier información, por pueril o superficial que fuera, necesitaba, no sólo aceptarla, sino darla como buena. E incluso necesitaba reflexionar sobre ella, porque el dato más insignificante podía resultar, a la postre, de vital importancia.

Fue al salir de la casa, cuando reparó en Natalia, en la mujer de hacer faenas de las viejecitas Ingrid y Helga. Estaba en la acera de la calle, detenida, mirándole con insistencia.

Al ver que su presencia era preparada, se adelantó hacia Warren Nortton, al que se dirigió de un modo mucho menos agresivo que en la otra ocasión. Esta vez, incluso, su tono tuvo bastante de amable.

—Le creí cuando me dijo que no sabía nada del jarrón de plata. Le sigo creyendo. Pero, con sinceridad, me gustaría saber qué es lo que en verdad pretende...

—Puedo asegurarle que nada que vaya a perjudicarla a usted —contestó

Warren—. Todo lo contrario.

—Le creo. No sé por qué —sonrió un poco—, me cuesta ponerme a mal con usted.

—Le agradezco la gentileza.

—Sé que habló con la señora Bettman —dijo tras un carraspeo—;. Sigue convencida de que fui yo la persona que le robó el jarrón de plata, ¿verdad?

—Sí, francamente —admitió Warren.

—Estaba segura de ello. En realidad —aclaró la mujer de mediana edad, de baja estatura, con un moño entrecano en la nuca—, todo se debe a que el jarrón de plata se lo regaló su difunto marido y que ella, por ese motivo, le tenía en especial estima. De lo contrario, quizá ni hubiera hecho caso de la desaparición. Se trataba de un jarrón de un diseño sencillísimo, sin nada en absoluto de particular, se lo aseguro. Sólo las asas, imitando un cordón retorcido, tenían cierta gracia... Si ahora tuviera un lápiz y un papel en la mano, se lo dibujaría... Se daría usted cuenta de que es cierto lo que le digo, era un jarrón más vulgar que otra cosa...

—Aunque tuviera un lápiz y un papel en la mano —se apresuró Warren Nortton a hacer hincapié en el detalle— no creo que le resultara fácil dibujármelo. Dibujar es muy difícil.

Esperó expectante la respuesta.

Sabía lo mucho que de esa respuesta podía depender.

—Podría dibujárselo con toda facilidad —aseguró la mujer—. No omitiría ni el más mínimo detalle, se lo aseguro. Yo aprendí dibujo durante más de dos años, ¿sabe? De joven, mi gran ilusión era convertirme en una gran dibujante. Pero murió mi padre, mi madre cayó enferma, y yo tuve que ponerme a trabajar. No tuve suerte a la hora de buscar empleo y finalmente fui a parar a la casa de la señora Bettman. Así de triste y desconsoladora es la vida, deshace nuestras mejores esperanzas del modo más despiadado.

—Entonces —Warren Nortton apenas podía contener su emoción— ¿usted podría dibujarme fielmente, con total y absoluta exactitud, cómo era ese jarrón?

—Sí —afirmó la mujer sin vacilaciones de ninguna índole—. Podría hacerlo. — ¿Seguro? —insistió.

—Segurísimo.

* * *

Elisabeth se quedó asombrada cuando vio la nota escrita junto a su servilleta. Ella solía cenar primero, luego lo hacía su madre. Así que, por estar sola, pudo perfectamente coger el papel, desplegarlo y leerlo con toda tranquilidad.

Aunque eso de tranquilidad es sólo un decir, pues apenas vio el nombre de quien le escribía, «Warren Nortton», se sintió tan profundamente emocionada, conmovida, que apenas atinó a leer aquellas líneas.

«Te espero esta noche junto a los cañaverales del lago, por la parte del viejo pozo. Estoy ansioso de ti. No me faltes.

« Warren Nortton.»

Los opulentos senos de Elisabeth se habían puesto a subir y bajar de un modo escandaloso. De tener encima la mirada de cualquier hombre, seguro que éste se hubiera sentido excitado en menos tiempo del que es necesario para tener un mal pensamiento.

—Qué felicidad... —murmuró Elisabeth, no pasándole por la imaginación, ni por asomos, que aquella letra pudiera no ser realmente la de su atractivo, viril y arrogante huésped.

Ya no probó bocado. La cena no le pasaba. Sólo estaba pensando en el momento de reunirse con Warren junto a los cañaverales del lago.

Había soñado con el instante de quitarse la ropa ante aquel hombre. Había soñado con el momento de quedar desnuda y tentadora ante él. Había soñado ansiosamente con caer en sus brazos, en pertenecerle. Aquella nota cumplía y colmaba sus anhelos.

Cuando ya se disponía a decir a su madre que podía cenar cuando quisiera, que ella lo había hecho ya, oyó entrar a Warren Nortton en la posada. El corazón se le puso a latir aprisa, atropelladamente.

El huésped la miró, aparentemente con mucha tranquilidad, y ella le guiñó un ojo, como queriendo decirle que había leído sus líneas y que estaba de acuerdo en todo. Entonces, Warren Nortton le devolvió el guiño. Bien mirado, aquella muchacha estaba muy bien y a ningún hombre le amarga un dulce. Si la chica tenía ganas de hacerle una nueva visita a su dormitorio, por él no había de quedar la cosa. Hubiera sido una tontería rechazarla. Una solemne tontería.

Lo cierto es que Warren quedó convencido de que la visita se repetiría. ¿Qué otra cosa, si no, podía significar aquel guiño de complicidad? Además, si ya estuvo tentándole abierta y solapadamente en una ocasión, lo lógico era esperar que volviera a las andadas. Aquella vez, el romance quedó interrumpido por culpa del grito proferido por la posadera, que había visto el cadáver de Sofía colgando de un árbol, frente a la misma casa de Garret, el carnicero.

Pero si esa noche, así que se hiciera oscuro, Elisabeth volvía a su dormitorio, tan complaciente como la otra vez, seguro que no tendría tan mala suerte y todo acabaría como debía acabar...

Aunque, la verdad, a Warren no terminaba de entusiasmarle el plan, si bien, lo dicho, tampoco lo desdeñaba. A Warren, la chica que le gustaba un rato largo, era Betty, la hija del doctor Banlester. Pero, claro, con Betty todo tenía que ser distinto. Betty era una buena muchacha y con ella había que ir con la seriedad por delante.

Pensar en el matrimonio no terminó de gustarle y arrugó el entrecejo. Hasta entonces había sido un acérrimo enemigo de dejarse cazar.

Bueno, lo cierto es que estuvo esperando a Elisabeth durante mucho rato. Fumó varios cigarrillos mientras daba por seguro que de un momento a otro el ruido de los nudillos de la muchacha sonarían sobre la madera de la puerta.

Pero se hizo más de media noche y nada, Elisabeth no se dejó ver por allí. Quizá había cambiado de idea o tal vez su guiño tuvo otro especial significado, que él no acertara a interpretar exactamente. Como fuera, había de reconocer que se había llevado un chasco.

Un chasco que no le iba ni le venía, pero que había conseguido desvelarle. De ello que finalmente optara por salir de su dormitorio y descender la escalera. Ya suponía que todos se habrían retirado a descansar, pero, de todos modos, pensó que se movería más libremente por la parte baja, por el comedor y la sala colindante. Posiblemente hojearía alguna revista mientras le entraba sueño.

No fue eso exactamente, ni mucho menos, lo que le entró. Porque vio un papel escrito sobre una de las mesas, lo cogió instintivamente, de un modo maquinal, casi sin darse cuenta de lo que hacía, y quedó estremecido hasta la médula de los huesos al ver que era él, o mejor dicho, alguien que se hacía pasar por él, quien firmaba aquella misiva. Una misiva que citaba a Elisabeth junto a los cañaverales del lago, por la parte del viejo pozo.

Por lo visto, Elisabeth se había olvidado el papel. O se le habría caído del bolsillo de su delantal, donde quizá se lo metiera en un exceso de nerviosismo. Corno fuera, el papel escrito estaba allí, ahora en manos de Warren Nortton.

No hacía falta más, verdaderamente, para comprender que Elisabeth estaba corriendo un grave riesgo, un peligro que evidentemente podía costarle la vida. Porque aquellas líneas las había escrito el asesino, que estaba al acecho, esperando apuntar una nueva víctima en su ya larga y macabra lista.

Claro que, tal vez, Elisabeth no había hecho caso de aquella nota, desdeñándola. Pero, ¡qué va!, la infeliz debía haber caído en la trampa como una verdadera insensata. La prueba estaba en aquel guiño que le había hecho, cuyo significado ahora sí entendía en todo su alcance.

Sin embargo, Warren Nortton prefirió asegurarse antes de precipitarse en ningún sentido. Así que subió la escalera y se dirigió hacia el dormitorio de la muchacha. Sabía de sobras cuál era, la última puerta al final del pasillo.

Movió el pomo de la puerta y ésta se abrió. Pero no, lo que se figuraba, allí no estaba la muchacha. La cama permanecía perfectamente hecha.

Warren corrió escaleras abajo, ahora sabiendo ya que no tenía minutos que perder. De minutos, de segundos, podía depender la vida de la muchacha.

Una vida, francamente, por la que en aquel instante no hubiera dado ni media libra. El asesino de Fergusson era peligroso, muy peligroso, y no se andaba con chiquitas.

CAPITULO VIII

Elisabeth llegó jadeante hasta la orilla del río, junto a sus espesos y crujientes cañaverales. Jadeaba, no sólo debido a la carrera, sino también a la impaciencia y al anhelo sexual que la agitaba.

Seguía estando muy nublado el cielo. Seguía habiendo mucha niebla. El tiempo no tenía, por tanto, nada de acogedor.

Sin embargo, Elisabeth no parecía darse cuenta de este pormenor, ni de ningún otro. La emoción que experimentaba le privaba, qué duda cabe, de razonar. Porque si hubiera razonado, en seguida se habría dado cuenta de que aquella escapada de su casa, entrañaba, dadas las circunstancias, no escasos riesgos.

Oyó un ruido en medio de las oscuras aguas del lago, como si alguien, remando, estuviera acercándose a ella. Miró hacia allí con anhelo e intensidad, con ambas cosas a la vez, pero no pudo ver nada de particular. Su vista no pudo rasgar la oscuridad de la noche, se quedó detenida entre sus inquietantes sombras.

Sí, inquietantes, qué duda cabe, cuando el ruido volvió a repetirse y ella volvió a mirar hacía aquel lugar, viendo, esta vez sí, cómo una pequeña barca se acercaba a aquel lugar de la orilla.

Pero lo inquietante del caso, no estribaba en el ruido, sino en el hecho de que era un monje quien movía los remos de forma rápida y rítmica.

Elisabeth pensó que debería alejarse de allí lo más aprisa posible. Pensó también en que Warren Nortton le había citado precisamente en aquel lugar, y se quedó donde estaba, a la espera no sabía ciertamente de qué.

Pronto, empero, supo a qué atenerse a este respecto. Apenas el monje acercó su barca a la orilla y saltó a tierra, ya le tuvo a su lado, en un salto que parecía el de una fiera. Un salto en el que la amarró con fuerza, mientras aplastaba un algodón mojado sobre su nariz y su boca.

Elisabeth se hubiera visto muerta, sin necesidad de más, a no ser porque precisamente en aquellos instantes, se oyó, no muy lejos, la voz potente de Warren Nortton:

—¡Elisabeth! ¡Elisabeth! ¡Regresa en seguida! ¡Ha sido el asesino quien te ha escrito esa nota!

El asesino soltó el algodón impregnado de cloroformo. Había quedado sorprendido y desconcertado.

Elisabeth pensó, entonces, que tenía una esperanza de salvación. Warren Nortton estaba ya muy cerca de allí y el asesino no querría correr el riesgo de ser reconocido. Además, no contaba ya con el tiempo suficiente para seccionarle las venas de la muñeca y sacarle la sangre de las venas.

No obstante, había de suceder algo que había de significar su perdición. Elisabeth no era una chica tonta y lo comprendió en seguida, así que el tal hecho se produjo.

Este hecho fue casual, fortuito. La capucha que ocultaba el rostro del asesino se enganchó en un cañaveral y quedó allí, amarrada. Por lo que el rostro le quedó súbitamente al descubierto.

—¡Oh! —exclamó Elisabeth, perpleja al reconocerle.

El asesino volvió a colocarse la capucha, pero sabía ya que había sido reconocido. No, ya no podía dejarla con vida. Imposible. La evidencia se imponía.

Sacó la navaja de afeitar, con la que solía seccionar las venas de las muñecas de sus víctimas. Pero en esta ocasión, la cortante hoja de la navaja fue directamente hacia el corazón de la muchacha, hacia su seno izquierdo.

El cual rasgó la navaja del modo más profundo y despiadado. Pero aquel seno era opulento, y el corte, aún proferido con fuerza, no llegó a donde era el deseo del asesino llegar.

Cierto que el seno quedó partido en dos, pero la navaja no había llegado ni mucho menos al corazón. Y era el corazón la meta que se llevaba aquel cortante filo.

Así pues, la navaja volvió a incrustarse de nuevo en aquella joven y palpitante carne, de la que salía la sangre aparatosamente. Y cortó otra vez, haciendo ahora doblemente profunda la siniestra abertura, en esta ocasión sí llegando al propio corazón.

Más que eso, llegando allí y rasgándolo. Fue entonces cuando un tercer corte, tajante y brutal, bastó y ya sobró para dejarlo dividido en dos.

Elisabeth había gritado como una loca, esperando que Warren Nortton llegara a tiempo de salvarla. Su pavor había sido tanto, que creyó morir de miedo antes que del arma del asesino. Pero, en realidad, supo desde el primer momento que todas sus esperanzas eran en vano. Sonaba aún demasiado lejos la voz del joven detective:

—¡Huye, Elisabeth! ¡Huye...!

Evidentemente, pues, profirió su último suspiro en medio de un jadeo horrible, mientras sus pupilas se desorbitaban como si quisieran saltársele de sus ojos. La boca le quedó abierta, desencajada.

Ya sin vida la muchacha, el asesino quiso apresurarse a huir. Unos segundos de demora podían ser su perdición. Pero no, era imposible huir así, por las buenas. Warren Nortton ya estaba allí. Acababa de verle aparecer.

Retrocedió, escondiéndose entre los cañaverales. Conocía bien el terreno y todo, empero, seguía estando a su favor.

No obstante, Warren no era hombre propenso a caer en indecisiones. Por lo que, así que vio que con Elisabeth no había ya nada que hacer, se lanzó hacia la búsqueda rápida del despiadado y siniestro asesino.

Dio con él. Pronto le tuvo de nuevo ante sí.

Pero el asesino seguía siendo el monje. Sólo un monje, cuyo rostro ocultaba la alzada capucha.

Bueno, pensó Warren, pronto se encargaría de averiguar quién se escondía bajo la personalidad de aquel disfraz. Dispuesto a ello, se lanzó abiertamente,

hacia su enemigo, decidido, indudablemente, a desenmascararle.

Si había de luchar a puñetazos, a puñetazos seria. Si el asesino esgrimía la navaja e intentaba matarle, ya sabría también cómo salir del apuro. Si la cosa se ponía aún más fea, sacaría a escena su automática. Para eso la llevaba.

Pero el asesino, por lo visto consciente de todos los inconvenientes y riesgos que entrañaba para él habérselas con un hombre que tenía un puño de hierro, eso ya pudo constatarlo en otra ocasión, consideró oportuno esquivar el peligro. Rehuirlo. Consideró oportuno, en una palabra, escaparse.

Retrocedió entre los cañaverales, se desligó del engorroso hábito de monje y se lanzó resueltamente a las oscuras aguas del lago. Sabía bucear bien, así que durante varios metros nadó bajo el agua. Cuando reapareció, estaba muy lejos de la orilla. Por lo demás, volvió a sumergirse en seguida.

Warren Nortton se hubiera lanzado en su persecución. Las tinieblas de la noche eran intensas, pero no le amedrentaba tal hecho. Sin embargo, consideró la situación con su habitual sensatez, comprendiendo que, de hacer tal cosa, posiblemente tendría todas las de perder. El asesino debía conocer el lago y sus alrededores al dedillo. El, por el contrario, desconocía todo aquello. En esta coyuntura, ¿a qué arriesgarse de un modo que hubiera tenido más de insensato y temerario que de otra cosa?

Sobre todo, teniendo en cuenta que él, Warren Nortton, tenía ya pensado cómo atrapar al asesino.

—Huye... Huye... —murmuró—. No tardaré en darte caza.

* * *

A la mañana siguiente, no sucedió nada de extraordinario. Pero, claro está, alguien descubrió el cadáver de Elisabeth, la hija de la posadera, y la alarma cundió a lo largo y ancho de Fergusson. Desde luego, para Warren Nortton la noticia no significó ninguna novedad, como es lógico, dio la sensación, por tanto, de que se había quedado medio indiferente.

No era así. Por descontado, la procesión le iba por dentro. Sentía más impaciencia que nunca por dar con el asesino, por atraparlo de una vez por todas.

No obstante, una circunstancia inesperada iba a ayudarle enormemente a salirse con la suya. Ya lo tenía todo preparado para dar caza al asesino, para que éste cayera en la trampa que él le tendiera y para que, perdiendo los nervios, a sí mismo se desenmascarara. Sí, lo tenía ya todo dispuesto. Por lo menos se hacía la ilusión de que así iba a ser. Tenía ya la corazonada de quién era el asesino. Pero claro, una simple corazonada era muy poca cosa. Era el primero en saberlo.

Pero, lo dicho, una circunstancia inesperada iba a ayudarle por lo que en sí tenía de reveladora. Aunque otro que no fuera él, tal vez, no hubiera comprendido el sentido auténtico y real que tal revelación llevaba en sí encerrada.

Pasaba ante el jardín de Isele. La muchacha se hallaba junto a la puerta con su sillón de ruedas. Parecía esperar ver pasar a alguien. Debía ser que esperaba verle pasar a él, ya que apenas le vio, le llamó:

—Por favor, acérquese. Quiero que sepa algo.

Warren se acercó.

—Hola.

No esperaba nada especial de aquel saludo ni de aquella conversación. ¿No hablaron hacía poco?

—Hubiera sido mi obligación decirle algo y sin embargo no se lo dije —repuso Isele, así, sin más—. No sé exactamente por qué callé... Tal vez por considerar que me estaba dejando llevar por una absurda y ridícula imaginación. Sin embargo, conforme pasan las horas, más me convenzo de que mi obligación estriba en...

—...en contármelo todo, ¿no es eso? —en esos momentos sí esperaba algo de aquella conversación.

Y más que nada, por el brillo intenso que ahora veía en las pupilas oscuras de Isele, un brillo que hacía esperar, evidentemente, una revelación poco menos que sensacional.

Lo fueron sus palabras, porque se refirieron a lo sucedido aquel día, ya lejano, cuando la sangre de Garret, el carnicero, cayó desparramada sobre aquellas rosas de su jardín. Rosas que entonces se mostraban mustias, marchitas, y que al día siguiente aparecieron fragantes y lozanas, desafiando con su hermosura a todas cuantas había en los otros jardines.

—¿Qué ha querido explicarme con eso, Isele? —preguntó Warren cuando la muchacha concluyó la narración.

—Lo sucedido —dijo la paralítica, titubeante.

—Y algo más, si no me equivoco —quiso que la muchacha le dijera todo lo que pensaba.

Algo que estaba ya pensando él. Por muy asombroso, increíble e insólito que pudiera parecer.

—Sí, sí, en efecto —reconoció Isele—, y algo más...

—Pues siga hablando, Isele. La escucho con toda atención... —y ahora se limitó a quedar callado, con la mirada sagaz, escrutadora, clavada fijamente en ella.

—Si la sangre de Garret hizo que mis rosas, ya medio muertas, surgieran a la vida más esplendorosas y radiantes que nunca, ¿es acaso un disparate suponer que si todas se me han vuelto hermosas y fragantes y que si fragantes y hermosas sigo teniéndolas, pueda ser debido a...? —se interrumpió, estremecida.

—Debido ¿a qué? Dígamelo, Isele. Su opinión puede resultar de gran interés para mí. Más de lo que quizá pueda figurarse.

—Si las víctimas, al ser halladas —repuso Isele— son encontradas sin sangre en las venas, ¿qué quiere esto decir? Quiere decir, indudablemente, que el asesino necesita esa sangre para algo. Pero ¿para qué? Este es el

interrogante estremecedor e inquietante. Yo... yo le he dado muchas vueltas al asunto y he llegado a la conclusión de que...

—Siga, Isele. Siga.

—Que si esa sangre hubiera servido y siguiera sirviendo para regar las flores de mi jardín, quizá sí, entonces, hubiera una explicación a lo que a mis rosas les sucede... Esto es, que sigan bellísimas y lozanas... De un modo extraño e ilógico, pues la primavera hace ya mucho que quedó atrás...

—Parece una idea peregrina —pero era la misma idea, no otra, la que Warren Nortton hacía rato que había ya tenido.

—Desde luego —dijo Isele—, si el asesino actuase de esa forma, en cierto modo lo haría por mí, por mi bien, por asegurar la venta de mis flores y saber, pues, que económicamente nada iba a faltarme...

—Sí, evidentemente —asintió Warren.

—De ello se desprendería, que debería de tratarse de alguien que... Bueno —se interrumpió—, no sé exactamente qué conclusión sacar. Al llegar a este punto me quedo confusa, se me embrollan las ideas, no termino de sacar nada en limpio.

—No me extraña. El asunto se las trae —convino Warren.

—De todos modos, he querido que lo supiera. He querido que supiera lo que sucedió cuando la sangre de Garret cayó sobre mis rosas marchitas... Puede que haya sido una solemne tontería decírselo, ya que en verdad todo esto parece, a lo más, una ridícula e inconcebible pesadilla.

—Ha hecho bien en informarme, Isele. Se lo aseguro.

Lo dijo con un tono tan seguro, tan firme, que la joven paralítica quedó desconcertada. Se esperaba otra reacción por parte del joven detective. Tal vez un gesto escéptico, sólo eso.

—¿De veras he hecho bien? —le vaciló la voz, aunque ya menos que antes de empezar a hablar.

—Sí, porque lo que acaba de decirme concuerda plena y totalmente, de un modo absoluto, con la sospecha que yo ya tenía... Una sospecha que no terminaba de encajar, pero que ahora sí encaja...

—¿En serio? —Inquirió, moviéndose inquieta en un sillón de ruedas—. Por favor, dígame...

—No, sería prematuro —dijo Warren—. Sería anticiparse a los propios acontecimientos y eso siempre es traspasar los límites de lo temerario. Me gusta más medir bien los pasos que doy.

—Pero...

—Pero le prometo —le sonrió— explicárselo todo así que pueda. Tan pronto como me sea posible. De esto puede estar segura.

—Confío en su promesa.

—Déla por cumplida. Hasta pronto, Isele —se despidió—, y gracias por su información. Ha sido el rayo de luz que me faltaba.

—Adiós, señor Norton.

CAPITULO IX

La señora Bettman tenía por costumbre dar dos o tres fiestas al año en su regia mansión en lo alto de la colina. Entonces invitaba a lo mejor de Fergusson. Todos, en tales ocasiones, acudían satisfechos y orgullosos de la deferencia que les había sido concedida.

En esta ocasión, la fiesta llevaba trazas de prolongarse más de lo acostumbrado. Quizá debido al hecho de que la señora Bettman había contratado a una orquesta estupenda.

Por eso, porque la fiesta se alargaba más de lo previsto, fue por lo que Warren Nortton se propuso desentenderse de la situación en sí, e ir él por su parte, directo, a lo que le interesaba.

Para ello, en principio, se dirigió al doctor Banlester y a su encantadora hija Betty, rogándoles que, discretamente, abandonaran el salón de baile y se fueran a una de las estancias colindantes. Era una sala de amplias dimensiones, con un piano de cola a un extremo. Por los laterales, amplios sillones y mullidos sofás. En una de la paredes, armas y escudos. Entre las armas, preferentemente espadas y sables. Pero también había armas de fuego. Varias escopetas de caza.

—¿Para qué hemos de entrar aquí...? —Puso reparos el doctor Banlester—. Esta no es nuestra casa y encuentro una inconveniencia...

—Por favor —le rogó Betty—, si el señor Nortton te lo pide, por algo será.

— Por algo es, délo por seguro —afirmó Warren.

Seguidamente, Warren Nortton habló con las viejecitas Ingrid y Helga, que habían acudido a la mansión de la señora Bettman por no desairar su amable invitación, si bien, entristecidas por la pérdida de su sobrina Sofía, permanecían en un aparte como si la fiesta y el baile no fuera cosa de ellas. En realidad, no lo era, ellas estaban mental y físicamente alejadas de todo aquello.

Warren les rogó, asimismo, que se dirigieran a la sala de música. Allí encontrarían al doctor Banlester y a su hija.

—Pero ¿para qué...? —quiso saber Ingrid.

—Sí, eso, ¿para qué? —quiso saber asimismo Helga.

—En seguida lo sabrán —prometió Warren.

—Bueno, bueno... —accedió Ingrid.

—De acuerdo... —accedió a su vez Helga.

Acto seguido, Warren Nortton se dirigió a Garret, el carnicero, y a su hija, Agatha, que llevaba un vestido primoroso y estaba mucho más bonita de lo que pudiera esperarse tratándose de ella,

—Se lo ruego, vayan a esa sala... Yo me reuniré en seguida con ustedes.

—No comprendo —dijo Garret—. Encuentro extraña su petición, señor Nortton. No termino de explicarme...

—Papá —intervino la hija—, si el señor Nortton te lo pide, será, no lo

dudes, porque debe pedírtelo. No le discutas.

—Bien, lo que usted diga, señor Nortton.

—Gracias, señor Garret. Gracias... —y esta vez miró a su hija, que indudablemente, con su intervención, le había simplificado la situación en gran manera.

Seguidamente, Warren Nortton se dirigió hacia la propia señora Bettman y también hacia su hijo Martín, ambos, en aquellos momentos, junto a una de las puertas corredizas que daban a la terraza. Desde allí, desde aquellas amplias cristaleras, se veía todo

Fergusson. Era, desde luego, una hermosa vista.

—¿Les importaría venir conmigo a la sala de música? Allí están ya el doctor Banlester y su hija, las viejecitas Ingrid y Helga, Garret y su hija Agatha. He creído llegado el momento de aclarar lo del jarrón de plata...

Al oír mencionar el jarrón de plata, los labios de la elegante y refinada dama no omitieron protesta alguna. De no tratarse de eso, sin duda hubiera aludido a que su deber era atender a sus invitados y que tal deber no podía postergarlo por ningún otro.

Pero se trataba, de lo dicho, del jarrón de plata, algo que hacía mucho tiempo que le quitaba el sueño por las noches. Había llegado a convertirse para ella en casi una obsesión.

—Sí, sí... —dijo, con precipitación.

—Pero ¿ahora? —Opuso en su lugar Martin—. El momento no parece muy oportuno, señor Nortton.

—Puede que no lo sea, lo admito —asintió Warren—. Pero lo cierto es, evidentemente, que no puede existir un momento más idóneo para saber quién fue quien lo robó...

—Para saber eso, cualquier día puede ser bueno —dijo Martin—. Pero hoy estamos de fiesta y nos debemos a nuestros invitados. Desatenderlos sería una incorrección.

—Será cosa sólo de unos instantes —aseguró Warren—. El interrogante quedará en seguida respondido. He conseguido llegar ya al final del oscuro callejón.

—¿Del oscuro callejón? —a Martin Bettman le había extrañado por lo visto el modo como Warren Nortton se había expresado.

—He querido decir —repuso el detective— que poco en realidad queda ya por aclarar...

—Bueno, pues vamos ya —se decidió la señora Bettman, no dejando que su hijo Martin pusiera más peros al caso.

—De acuerdo... De acuerdo... —accedió finalmente Martin, aunque con el entrecejo un poco fruncido de lo que parecía normal.

Ya en la sala de música, Warren Nortton, así que la puerta se hubo cerrado tras la señora Bettman y su hijo Martín, dijo:

—Les he reunido aquí, porque «sé» —recalcó la palabra, la aseveración— que uno de ustedes fue quien, hará cosa de un año y unos meses, robó el

jarrón de plata de la señora Bettman... El caso —añadió Warren Nortton— hubiera carecido de verdadera importancia, al menos para mí, a no ser porque se da la circunstancia de que, quien robó precisamente dicho jarrón, es ahora el asesino de Fergusson... Ese asesino que se ha llevado siempre la sangre de sus víctimas, a excepción del caso de Elisabeth, la hija de la posadera, porque en tal ocasión no tuvo tiempo de hacerlo...

—No termino de creer, en absoluto, lo que acaba de decirnos —afirmó el doctor Banlester—. Francamente, relacionar al ladrón del jarrón de plata con el asesino que anda suelto, lo encuentro improcedente e inadecuado, e incluso, permítame usted, ridículo... Todos sabemos que el jarrón lo robó Natalia, la que por entonces era la sirvienta de la casa, pero todos sabemos igualmente que esa mujer es incapaz de matar a nadie...

—Permítame que le interrumpa —repuso Warren, dejándole con la palabra en la boca—, pero yo no he dicho, ni tan siquiera he insinuado, que fuera esa mujer quien robara el jarrón de plata. Por el contrario, creo recordar que he dicho que, quien lo robó, se encuentra ahora entre nosotros.

—Según los informes que han llegado a nuestros, oídos —dijo la viejecita Helga— sólo esa mujer pudo apoderarse... Aunque, tanto mi hermana como yo, nunca hemos creído en su culpabilidad. Por eso ahora está a nuestro servicio.

—Aquel día, el de la desaparición del jarrón —dijo Warren—, la ventana de esta estancia se hallaba abierta. Así pues, a una persona ajena por completo a la casa, le hubiera costado poquísimo, desde el jardín, introducirse aquí y de aquí pasar a la estancia siguiente y de ésa al lugar donde se hallaba el jarrón. Por lo tanto, no resulta obligado, ni muchísimo menos, dar por culpable a una mujer que, a mi juicio, se limitaba a limpiar...

—Se ha convertido en su defensor, esto está claro —dijo la viejecita Ingrid.

—Confieso que sí —admitió Warren—. Sin duda porque tengo ya a mi sospechoso. Todo, a mi modesto entender, encaja ya en este rompecabezas en el que, hasta hace poco, tantas piezas quedaban sueltas.

—Le rogamos que prosiga —dijo Martin—. Nuestro interés, como bien comprenderá, es mayor cada instante que pasa.

—Proseguiré —repuso Warren Nortton—, pero lo haré a mi modo, si ustedes no tienen inconveniente. Por lo que, en lugar de empezar por el principio, prefiero hacerlo por lo que indudablemente es ya parte del segundo acto...

—Nos habla como sí esto fuera una comedia, en la cual el telón fuera a alzarse varias veces... —dijo Garret, pero sin acabar la frase.

—Una comedia, no —apuntó Warren Nortton—. Digamos más bien una horrible y estremecedora tragedia. Algo realmente demencial. Porque sólo una persona demente, desquiciada, fuera de sí, ha podido llegar adonde ha llegado el asesino.

—Prosiga... Prosiga... —insistió Martin.

Betty no había dicho nada aún. Se limitaba a mirar al detective con fe y confianza en su mirada.

—La sobrina de ustedes —repuso Warren Nortton, mirando ahora a las viejecitas Ingrid y Helga —envenenó las rosas del jardín de Isele. No, no quiero con esto acusarla de su mala acción, que la pobre está muerta y el recuerdo de los muertos debe respetarse. Quiero, única y simplemente, constatar un hecho. La sangre de usted, Garret —miró al carnicero—, cayó sobre uno de aquellos rosales, que aparecía ya muerto y marchito. Al día siguiente, las rosas estaban lozanas, fragantes, realmente esplendorosas. En una palabra, aparecían pletóricas de vida... En eso que había sucedido —agregó Warren Nortton— debió reparar nuestro asesino... Sí, no cabe dudarlo, el veneno mezclado con sangre humana producía tal efecto... Un increíble y milagroso efecto.

—¿Usted cree que eso puede ser posible? —inquirió el doctor Banlester.

—Si no lo creyera, no lo diría. Aunque lo confieso, también a mí me ha costado llegar a tal convicción. Pero las circunstancias se imponen y quieras que no nos hacen llegar a esas o aún más peregrinas conclusiones. Pues bien, como les decía...

Se dispuso a proseguir en medio del riguroso silencio que existía a su alrededor. Porque la verdad es que ninguno de los presentes parecía casi atreverse a respirar.

—El asesino —prosiguió diciendo Warren Nortton— quiso ayudar a Isele. Pero ¿cómo ayudarla, cuando evidentemente no disponía de dinero para hacerlo? Fue entonces cuando se le ocurrió una alucinante y diabólica idea, apoderarse, dándoles cloroformo que quitaría del consultorio del doctor Banlester, de la sangre de sus víctimas... Con esa sangre, que recogería celosamente en alguna regadera, luego regaría los rosales del jardín de Isele... Y el resultado, lo dicho, sería como un milagro... Las rosas se volverían, todas ellas, fragantes y hermosas... Y así las cosas, Isele podrá venderlas a muy buen precio.

—Tiene usted demasiada imaginación —repuso Garret, el carnicero—. Perdóneme que se lo diga con tanta sinceridad, pero su manera tan especial de enfocar el caso...

—Se ajusta exactamente, a la realidad —concluyó Warren Nortton—. Si no estuviera seguro de ello, me hubiera abstenido de hablar. No me gusta hacer el ridículo. En realidad, como botón de muestra, sepan que no lo he hecho nunca.

—Pero todo esto que acaba de contarnos —dijo la viejecita Ingrid— parece el argumento sacado de un cuento de terror...

—El error existe, y desgraciadamente es a menudo provocado por algo más que un simple cuento —apuntó Warren—. Bueno, continúo con el permiso de ustedes. Supongo que lo tengo.

—Sí, claro que sí —se apresuró a decir Betty.

—Claro que sí —repitió Agatha.

* * *

—Pues bien —siguió diciendo Warren—, llegando a este punto nos vemos obligados a pensar que si esa persona quiso ayudar a Isele, era por algo concreto. ¿Por qué...? La respuesta resulta obvia. Por la sencilla y clara razón de que esa persona era, ni más ni menos, la culpable de que Isele se hallase paralítica... Así pues, si era culpable de su tragedia, huelga decir que esa persona fue quien empujó hacia el abismo a David Bettman...

—¡No! —exclamó Garret, como si tal suposición no le hubiera cruzado jamás por el pensamiento.

—¿Entonces usted cree que...? —inquirió el doctor Banlester con un tono difícil de calibrar.

—Sí —afirmó Warren Nortton—, creo firmemente que esa persona, la que mató a David Bettman y resultó el culpable involuntario de la desgracia de Isele, fue quien, tiempo después, había de convertirse en el asesino de Fergusson.

—Cuesta creer —dijo Martin Bettman— que una circunstancia tenga que ver con la otra.

—Aclararé los hechos, para que todos ustedes, unos y otros, me comprendan mejor... —de pie ante ellos, Warren Nortton parecía, no sólo impresionarles, sino imponérseles con su sola presencia. Una presencia a la que daba categoría, evidentemente, su metro ochenta y tantos y la ancha respetabilidad de sus hombros—. Aclararé los hechos, y así todo les resultará sencillo de comprender.

De nuevo un silencio entre ellos. Ninguno, ahora, lo mismo que la otra vez, se atrevía a decir nada. Esperaban que fuera él mismo quien hablara.

—El asesino, antes de convertirse en tal... —empezó a referir Warren Nortton—. Bueno, lo cierto es... —se corrigió a sí mismo— que era ya un asesino desde el momento en que empujara a David Bettman hacia el abismo. He querido decir —puntualizó— que antes de convertirse en ese asesino que lleva ya tantos nombres anotados en su siniestra lista de crímenes, pensó en ayudar a Isele de otro modo... Por eso se le ocurrió robar el jarrón de plata, venderlo, y entregar su dinero a la paralítica. Pero Isele, adivinando que el dinero ese le venía de quien había matado al hombre que ella tanto había amado, lo rechazó, lo arrojó lejos... Nunca llegó a saber quién se lo había entregado, porque eso sucedió de noche... La figura del asesino se había perdido entre las sombras de su jardín... De ese mismo jardín que, poco después, el asesino empezaría a regar con la sangre de víctimas inocentes...

—Continúe —rogó Betty.

—Para atrapar a las primeras víctimas, no sé cómo se las arregló. Sólo sé que usó cloroformo que quitó al doctor Banlester de su consultorio —la voz de Warren sonaba serena, pausada, y tenía forzosamente que aumentar el nerviosismo del culpable, quien, empero, aún conseguía controlarse—. Sin

embargo, para atrapar a Sofía, debió resultarle sencillo, lo imagino... Una simple nota haciéndose el enamorado y ya estaba colocado el anzuelo en el que forzosamente había de picar una muchacha poco agraciada que llevaba todas las trazas de convertirse en una solterona.

—Todo empieza a parecer más razonable —intercaló el doctor Banlester —, si es que la palabra «razonable» puede encajar en una historia tan verdaderamente alucinante.

—Por descontado, si el asesino dejó el cadáver de Sofía colgado de un árbol, en la plaza Mayor, frente a la misma casa de Garret, fue para que todos pensáramos en su hija Agatha...

—Sí, ahora empieza a parecerme todo más razonable... —volvió a decir el doctor Banlester.

—Para encontrarse a solas con Elisabeth —prosiguió Warren Nortton—, el mismo método, el anterior, una nota, citándola. En esta ocasión poniendo mi firma al pie de unas breves líneas. A Elisabeth yo no le caía mal y la pobre también picó el anzuelo. Deducimos de todo ello, por tanto, que el asesino es un hombre... Pero no un hombre muy valiente, no vayan a figurarse. Desde que yo llegué a Fergusson, se ha sentido temeroso, asustado. De ello que en una ocasión también me escribiera unas líneas, nada amables por cierto, y que en otra circunstancia, por teléfono, me instara a salir de la localidad en menos de doce horas. Me amenazó de muerte si no lo hacía. Incluso me dijo, lo recuerdo perfectamente, que en Fergusson sólo había un asesino y que ese asesino era él, con lo que, claro está, habló de más, le dio demasiado a la lengua, ya que sus propias palabras reafirman ahora mis tesis... Quien empujó a David Bettman y el otro asesino son una misma persona... Pero esa persona ignoraba que por mi oficio estoy familiarizado con el peligro, con el riesgo, casi diría que con la misma muerte, y que sus amenazas había forzosamente de dejarme frío.

Prosiguió tras una pausa:

—En un par de ocasiones me he enfrentado con el asesino cara a cara... Bueno, eso de cara a cara es sólo una expresión, un decir. Iba siempre protegido por un hábito de monje, con la capucha alzada, por lo que nunca he podido verle el rostro... La primera vez —agregó— quiso dejarme fuera de combate dándome con una barra de hierro, pero conseguí esquivar el golpe y a mi vez responderle con un puñetazo... La contundencia de mi directo no debió gustarle nada porque optó por huir... La otra vez también escapó, rehuyó el enfrentamiento conmigo. Se echó a las aguas del lago y nadando se alejó de caer en mi poder... Pero en mi poder ha caído de todos modos, de eso puede estar seguro...

* * *

El silencio fue ahora aún mucho más intenso que en veces anteriores. Ahora daba incluso la sensación de hacerse palpable, material. Daba la

sensación, asimismo, de que hubiera podido cortarse con un cuchillo. Digamos bien, para ponernos a tono con las circunstancias, con una navaja de afeitar.

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro de dar con el asesino? —Preguntó Martin Bettman— si no tiene en qué apoyar su tesis, su hipótesis, que por otra parte peca quizá un tanto de folletinesca...

—Mi seguridad se asienta en algo tajante, que no admite vuelta de hoja —dijo Warren Nortton. Y solicitó seguidamente—. Un momento, por favor...

Salió de la estancia, entrando de nuevo poco después. Llevaba un paquete, envuelto en un papel fino. Era un paquete de unos tres palmos de alto y uno de ancho. Se lo entregó a la señora Bettman.

—Tome usted... —repuso—. Aquí lo tiene.

—¿Qué es esto? —preguntó la dama, sin hacerse cargo.

—Destape el papel y véalo por usted misma.

Así lo hizo, y una exclamación de gozo, de júbilo, se escapó de sus labios. Demostró, indudablemente, que no se lo esperaba y que aquello le llenaba de alegría.

—¡Mi jarrón de plata! —exclamó.

En efecto, ante la señora Bettman y los demás, ahora estaba el jarrón de plata que, haría cosa de un año y medio, alguien robara a su dueña. Bueno, por lo menos era una magnífica copia, una perfecta imitación. Pero eso sólo lo sabía Warren Nortton.

No, no sólo Warren Nortton. También lo sabía Natalia, la mujer que había sido la sirvienta de aquella casa y que tiempo atrás soñara con ser una famosa dibujante. Para eso había estudiado más de dos años. Lo que había resultado muy provechoso en esta ocasión, para coger un papel, un bolígrafo y reproducir, exactamente, el jarrón, con todos y cada uno de sus detalles. Hecho esto, a Warren Nortton sólo le había hecho falta decir que construyeran otro igual. Total y exactamente igual.

— ¡Mi jarrón! —exclamó de nuevo la señora Bettman, temblando de emoción.

—¿Cómo ha podido dar con él...? —inquirió el doctor Banlester, sin terminar de asimilar aquello.

—Ha sido un poco complicado —refirió Warren Nortton—, pero finalmente lo he conseguido. Pero lo bueno no está, realmente —aclaró— en el hallazgo en sí, sino en la circunstancia de que en la estancia de al lado, se halla ahora la persona que está dispuesta a reconocer a quien le vendió el jarrón de plata. Una vez reconocida... —puntualizó el detective—, sabremos ya quién es el asesino. Y esta vez, como es lógico y natural, no podrá escapar.

El culpable perdió los nervios. Exactamente lo que Warren Nortton estaba esperando que sucediera. Todo lo que el detective había dicho referente a David Bettman, a las subsiguientes víctimas, a su sangre, a todo, se había ajustado plena y absolutamente a la verdad, así que al asesino le bastó saber que en la estancia contigua estaba quien podía reconocerle, para que su

serenidad se hiciera polvo. Bastó y sobró para que toda su calma saltara hecha añicos.

De súbito, Martin Bettman se separó del grupo, se precipitó hacia la pared en que se hallaban adosados los escudos y las armas, y se apoderó de una de las escopetas de caza.

—¡Está cargada! —rugió. Encañonaba a todos, aunque principalmente, claro está, a Warren Nortton—. ¡Dispararé sobre el primero que se mueva! ¡No voy a dejarme cazar fácilmente!

Nunca, tanto como en aquel instante, Martín Bettman pareció deforme y anormal a cuantos estaban ante él. Jamás dio la sensación de ser tan enorme su cabeza, tan saltones sus ojos y tan desmesuradamente largos sus brazos.

—¡Está cargada! —volvió a decir, rugiendo de nuevo.

—Sabía que era usted —dijo Warren, con calma, sin perder su habitual aplomo—, sólo me hacía falta que usted mismo me lo confirmara. Y acaba de confirmármelo... Claro, no ha querido ser reconocido por la persona a la que vendió el jarrón de plata. Claro, no ha querido verse detenido y esposado como un vulgar...

—¡Nadie me detendrá! —Exclamó Martin—. ¡Me escaparé, me iré lejos de aquí, nadie me encontrará jamás!

—No, tú no pudiste matar a David —sollozó la señora Bettman—. Era tu hermano, te quería...

— ¡Pero yo le odiaba, le odiaba a muerte —mordía una a una las palabras, con incontenible rabia, con arrebatada violencia—. ¡Le odiaba porque Isele le amaba a él en lugar de amarme a mí! ¡Yo quería a Isele...!

—Era tu hermano... Era tu hermano... —la señora Bettman mostraba un rostro desencajado, donde las lágrimas inundaban sus mejillas.

—Y sigo amando a Isele —dijo Martin—, y mi único afán ha sido, a partir de su desgracia, ayudarla, ampararla... Sí, robé el jarrón de plata para venderlo y entregar ese dinero a Isele, para que pudiera operarse y volver a andar de nuevo... Como mi madre, económicamente, jamás me dejaba disponer de nada, me vi obligado a tomar esa determinación... Pero Isele, adivinando que ese dinero le venía del asesino de David, lo despreció... Entonces, para ayudarla a subsistir, sólo se me ocurrió regar con sangre los rosales de su jardín... Sabía lo que había ocurrido con la sangre de usted, Garret, que cayó sobre uno de los rosales...

—Es espantoso —murmuró el doctor Banlester.

—Horrible —dijo Betty, llevándose las manos a la boca como para ahogar más discretamente todo su espanto.

—Voy a escaparme —repuso Martin—. No intenten seguirme. Al que dé un solo paso hacia mí, le atravesaré el corazón. Les advierto —y la advertencia iba ante todo hacia Warren Nortton, al que por lo visto veía menos propenso a quedarse inactivo— que tengo muy buena puntería.

—Le veo muy dispuesto a defenderse —dijo el detective—, pero, créame, ha sido una verdadera lástima, por lo menos por lo a usted se refiere, que se

ha precipitado tanto... Si he de decirle la verdad, en la estancia contigua no hay nadie que pudiera reconocerle... Lo cierto es —agregó— que este jarrón de plata es sólo una copia, una imitación...

—¿Queeé...? —Martín Bettman acababa de comprender que había dado un terrible traspiés.

Había caído en la trampa como un verdadero tonto.

* * *

—Es sólo una copia, una imitación —repitió Warren—. Pero, claro, usted mantiene alzada la escopeta, está apuntándonos y...

—...y en definitiva —continuó Martin Bettman— domino la situación. ¡Huiré! ¡Huiré lejos y nadie podrá detenerme jamás!

—Sus deseos son muy lógicos —repuso Warren, ahora torciendo la boca en una sonrisa medio irónica—, pero ignora otro pormenor también muy importante, esto es, que la escopeta está descargada. Dando por descontado que al verse descubierto se le ocurriría recurrir a ella, le quité las balas... Así pues, como si no nos apuntara...

—Lo dice para ponerme nervioso —desde luego, su excitación había crecido de un modo alarmante—. Sé que eso que ha dicho es mentira, y que la escopeta está cargada, tal como la dejé yo la última vez... Y voy a demostrárselo, agujereándole el cuerpo... —y sin pensárselo dos veces, apretó el gatillo.

Pero, efectivamente, la escopeta se hallaba descargada. Se oyó «cric» «cric», pero ninguna bala salió del arma.

Viéndose ya completamente al descubierto, Martin Bettman comprendió que no estaba en disposición de perder tiempo. No, ni un segundo podía perder. Echó a correr fuera de la estancia, cruzó como una exhalación la siguiente e instantes después salía de la casa, lanzándose alocadamente colina abajo.

Cuando alcanzó el pequeño bosque, creyó que algo había conseguido ya. Pero no, fue precisamente entonces cuando se dio cuenta de que Warren Nortton le había seguido. Estaba allí. Dispuesto a no dejarle escapar en modo alguno.

Decidido a todo, porque ya no podía permitirse el lujo de otra cosa, Martin Bettman se lanzó hacia adelante, hacia el detective.

Entonces empezó una pelea violenta, brutal, sin concesiones por ninguna de ambas partes. Sin piedad en ninguno de los dos contendientes. Los puñetazos, los puntapiés, resultaron, por su agresividad, escalofriantes. Martin Bettman tenía mucha fuerza, más de la que Warren pudiera esperarse. No, no era un enemigo fácil de abatir.

Menos aún, lo pensó así, cuando le vio sacar la navaja. La misma con que seccionaba las venas de sus víctimas. Una acción, por lo demás, que a Warren Nortton no le amilanó, casi puede decirse que la estaba esperando.

Se defendió como pudo del cortante filo, que evidentemente llevaba la intención de acabar con él lo antes posible, y preparó un buen golpe de karate. Un golpe, poco conocido, que reservaba para momentos comprometidos como ése.

En consecuencia, Martin Bettman no tardó ni treinta segundos en quedar tendido en el suelo como un saco de patatas que hubiera caído de un camión demasiado cargado.

Cuando volvió en sí, se vio ya rodeado de todos, y esposado. Aquello era indudablemente su sentencia. Tuvo que comprenderlo.

Entonces dijo mirando a Warren:

—Si no llega a ser por ese golpe de karate que desconocía, usted estaría ya en el otro mundo...

—No se lo crea —dijo el detective, inalterable—, antes de que me llevara al otro mundo, hubiera sacado mi automática. Para eso la llevo.

CAPITULO X

Así que el caso estuvo debidamente solucionado, Warren Nortton se marchó de Fergusson. Antes se despidió de las viejecitas Ingrid y Helga, de Garret y de su hija Agatha, de Natalia, la ex sirvienta de la señora Bettman, y asimismo del doctor Banlester y de su hija. A ésta le dijo:

—Volveré así que pueda. Eres demasiado bonita para poder olvidarte...

Pero el trabajo, en Londres, se le había acumulado, así que tuvo que demorar el regreso mucho más de lo que hubiera deseado. Pasaron más de dos meses y aún no había encontrado un hueco para llegarse de nuevo hasta allí.

De pronto, recibió una carta de Betty. Decía escuetamente:

> «Ven en seguida. A mi padre le ha desaparecido un nuevo frasco de cloroformo. »Betty,»

Cogió el coche, ya sin más demora, y se dirigió directamente a Fergusson. La muchacha le esperaba en el mismo lugar que la otra vez, junto a la primera bifurcación de la carretera antes de meterse en la localidad.

—Hola, Betty.

—Hola, Warren —y con gesto muy apurado—: Es para estar asustada, ¿no crees? De nuevo otra vez... Como antes... Debo ser poco valiente, lo admito...

—Sube —dijo Warren. Y cuando la tuvo a su lado, agregó—: Lo que sí puede asegurarse, es que eres una solemne embustera. A tu padre no le ha desaparecido nada... Nadie le ha robado nada... Pero temías —sonrió— que me hubiera olvidado de ti y por si acaso...

—¡Oh! —exclamó Betty, ruborizándose intensamente.

—Sí —repitió Warren—, eres una solemne embustera. Pero te lo advierto, has perdido el tiempo lamentablemente, no te había olvidado... Iba a venir un día de éstos a preguntarte si querías casarte conmigo...

Betty le echó los brazos al cuello, dejando el rubor para mejor ocasión. No, no se lo pensó dos veces. Aquel detective le había cortado la respiración desde el primer momento.

Instantes después se estaban besando apasionadamente.

FIN